



SOCIOLOGÍA

Sección española

Socialismo y Cristianismo

Es cuestión de tomarlo en serio y de estar á la que cae para devolverla si no es de ley.

Ahora se les ocurre á buen número de políticos, á no pocos literatos, á muchos teólogos y á todos los místicos de esta ó de aquella escuela, encontrar pujos cristianos en el socialismo.

A buena hora han notado la semejanza, porque á tardar un poco más, el diablo carga con el socialismo, y, ¡adiós proletariado!

No deja de tener interés político y social el estudio de la nueva orientación que han emprendido los cristianos militantes, parientes muy cercanos de aquellos científicos de que nos hablaba Grave en el número anterior. Salvo mala intención, unos y otros dirigen sus esfuerzos á perpetuar las injusticias reinantes, amparándose unas veces en Jesús y otras en Darwin, dándole mil formas y nombres distintos, si así conviene á los magnates de la religión ó del capital, una misma cosa en nuestros días.

Es preciso decir y demostrar que el pobre poco ha de agradecer á los dioses ni á los hombres que no han defendido la igualdad económica, y pierden el tiempo lastimosamente los que quieren armonizar el *Sermón de la Montaña* con *La conquista del pan*, porque los obreros radicales son mucho menos dóciles al cebo clerical, en sus diferentes añagazas, que los hombres de la democracia. Ningún socialista consciente dejará de ver en el fondo del llamado socialismo cristiano, el afán de continuar explotando (esta es la palabra) desde posiciones alcanzadas con argucias de mala ley.

Demostrada quedaría la oposición que se hacen las dos doctrinas que sirven de epígrafe, con solo decir que el socialismo no quiere pobres, á los cuales Jesucristo reservó lugar principal en su reino, consolándolos con palabras tan amargas como aquellas que sirvieron para predecir la perpetuidad del miserable. Y bien patente queda que, no queriendo pobres el socialismo, no puede otorgar á la caridad el rango que le da el cristianismo, más ó menos bien presentado, quien la eleva, por obra y gracia de la desigualdad económica, es decir, de la injusticia, á la categoría de virtud.

¡Qué otros dichos de Jesús se compaginan mal con los expuestos! Compóngansela con los que nos cuentan las hazañas del Nazareno, que culpa nuestra no es si con tantos dimes y diretes no podemos formarnos cabal juicio de lo que vino á hacer en este mundo.

El obrero intelectualizado, que es el que da carácter al socialismo contemporáneo, analiza por sí mismo las doctrinas que ha de sustentar, y está perfectamente convencido de que sólo aquellas que no admiten amos, ni en política ni en economía, han de conducirlos á la posesión de sus derechos, ni cohibidos ni menagados, más que por uno mismo.

Hecho real es que, en nuestros días, los que llevan la voz del cristianismo consideran á la pobreza como un mal necesario y andan detrás de la riqueza sin mirar cómo; síntoma de mucha más significación que los escritos apostólicos, que no tienen influencia para hacer practicar el cristianismo, si no fuera el que practican á los que á Cristo representan. Y en el caso dudoso de que se llegara á demostrar que los *primeros cristianos* quisieron lo que los socialistas quieren, siempre nos encontraríamos con que los que tergiversaron las doctrinas del Maestro, con menos escrúpulos harían mangas y capirotos de las que aceptasen como un recurso extremo para continuar dominando.

Si de las cuestiones puramente materiales nos elevásemos á las intelectuales y morales, habríamos de encontrar aún mayor diferencia entre el socialismo y el cristianismo.

Si la vida es dolor, como dicen los místicos cristianos, y muy pocos de los que sustentan con sinceridad las doctrinas de Cristo dejan de ser místicos, no será, ciertamente, por culpa del hombre, que busca el placer desde que nace. Tampoco podríamos hallar en la salud el génesis de los dolores, puesto que la perseguimos constantemente y forma parte muy principal en nuestras dichas. Es necesario buscar, pues, fuera del hombre la causa de las dolencias que el hombre sufre.

La existencia no es hoy placer, por el atavismo que han dejado en nuestro cerebro y organismo generaciones que, considerando el sufrir como un gran bien para el alma, maltrataron la materia y la dejaron incapaz para sentir y para desear placeres. Pero el socialismo es salud, es el goce de la inteligencia y del cuerpo, es un hermoso canto al amor. No puede, pues, asemejarse con este otro canto fúnebre que presenta el dolor como una condición bienhechora, á la carne como un enemigo del hombre y á la miseria física é intelectual como un gran recurso para llegar á la perfección.

No, no pudo ser socialista Cristo; no, no puede ser el dolor el único fin de la vida. ¿Por qué el cristianismo, á quien tanto alabaron iluminados, hipocondriacos, estáticos, monomaniacos y anómalos, no pudo ser fruto de una perversión del cuerpo, de una impureza intelectual y orgánica?

Aparte los dolores que nacen inmediatamente del organismo social, casi tan viejos como la historia misma, pero más crueles cuanto más se ha acentuado el predominio del capitalismo, existen otros que podríamos llamar de doctrina, porque los produce aquéllas que santifican el martirio y el ascetismo. Entre éstas se cuenta la religión cristiana.

No uno, varios pensadores dijeron mucho antes de nacer el socialismo popular ó revolucionario, que la doctrina de Cristo es una marcha fúnebre con que se nos acompaña á la tumba. Otros, avanzando un poco más por el camino del natura-

lismo científico y social, principalmente social, han escrito que la humanidad, lejos de haber ganado con la muerte del paganismo, perdió alegría, bienestar y hasta libertades. Muy acertadas nos parecen estas razones, dignas de ser abonadas con otras de orden distinto.

Aquellos metafísicos ó aquellos filósofos que, como Cristo, se hallaron bien en medio de penas y fatigas, presentaron al cristianismo como la mejor de las doctrinas posibles. Así un célebre antropólogo pudo decir que cada santo es un loco, á pesar de que no todos los locos que ha hecho el cristianismo han llegado á ser santos; y así también un frenópata muy bien quisto en el mundo científico, pudo exclamar que la religión cristiana, con sus sectas de iluminados y de monomaníacos, es la obra de una humanidad doliente, á la que Jesucristo llamó á partido.

Cuando se considera que todo un Pascal llevaba silicio para atormentarse, caso de tener malos pensamientos, lo que debía ocurrir á menudo según las llagas que presentaba su cuerpo; cuando se piensa que Schelliny ha escrito que el dolor es cosa necesaria á la vida; cuando se ve que una infinidad de pensadores han marchitado su intelecto á costa de las prácticas cristianas; cuando leyendo la historia se tropieza con las legiones de seres humanos que han hecho del tormento propio y del ajeno eficaz medio para alcanzar prebendas celestes ofrecidas por el cristianismo, católico ó protestante, liberal ó reaccionario, tentaciones vienen de considerarlo fruto de aquella misma decadencia pagana que engendró la doctrina de Cristo.

La frenopatía cuenta entre las enfermedades mentales, el éxtasis, la melancolía, etc.; y de estáticos y melancólicos está muy asistida la religión cristiana, como todas las religiones que han hecho del sufrimiento una satisfacción moral.

Estudiando la doctrina de Cristo en sus causas y efectos, hállase con un mar de lágrimas y un mundo de penas, sin que se dé con placer alguno, pues el llamado placer del dolor, que tanto ponderan los místicos cristianos, los únicos verdaderamente cristianos, es una ficción de sentimientos embrutecidos, cuyo solo anuncio demuestra alteraciones mentales, como las manifiesta todo aquel que atenta, no sólo contra su vida, sino contra su bienestar.

No quiere este valle de lágrimas el socialismo. Quiere, si, dar satisfacciones á la naturaleza humana, cohibida y engañada por tantos siglos de locura mística; quiere dar rienda suelta á los deseos del hombre, amortiguados por la tiranía que sobre el cuerpo ejercieran largos años de máximas y predicaciones suicidas.

Por medio de la salud corporal quiere elevar las pasiones á su potencialidad augusta, al objeto de que los hombres sintamos con fuerza poderosa el placer de la vida. Por medio de la salud cerebral quiere elevar la inteligencia á su potencia máxima, al objeto de que los seres humanos podamos apreciar poderosamente las bellezas del mundo y de las cosas. Hoy nos falta cuerpo para sentir las delicias del mundo material y nos falta cerebro para darnos cuenta exacta de las del mundo intelectual. Nuestro cuerpo y nuestro cerebro es una planta abandonada á todos los rigores de la destrucción, marchita, porque si nos hemos preocupado de ella ha sido para negarle los dones de la naturaleza. Un enfermo, casi un muerto, ¿cómo puede enterarse de lo que apenas ve ni toca apenas?

Y el socialismo, cuando las facultades humanas hayan renacido, cuando el hombre sea capaz de sentir el goce con potencia física é intelectual, le ofrecerá la naturaleza por morada y por leyes las de su organismo.

Esto es y esto quiere el socialismo libertario. Los que predicán lo contrario, llámense ó no socialistas, hablen en nombre de la ciencia, de Jesús, del amor ó de la democracia, tratan de desviar la acción del proletariado en provecho propio, caso de que, por sus desarreglos mentales, no sean más dignos del médico que de la crítica periodística.

FEDERICO URALES.

Á LA JUVENTUD

En esa época de la vida en que todo son sueños é ilusiones, época que se desliza feliz y placentera, como arroyuelo por el verde musgo, se enamora uno fácilmente de todo cuanto parece bello, simpático, como si la naturaleza necesitara reflejarse en lo ideal, extasiarse en la belleza y expansionarse en la modulación suave de cuanto respira poesía y amor.

¡Juventud! ¡Qué atracción y encanto tiene esa palabra! Para los que han tras-pasado los umbrales de la vida suena voluptuosamente por los recuerdos, y, para los que estamos en ella por las energías que sentimos de acometer grandes empresas, de vencer gigantescos obstáculos, de luchar, ya que la lucha es preferible á la esclavitud, al trabajo forzado de los siervos y de los cobardes.

Inspirar amor y sentirlo; vislumbrar los goces de lo ideal; subir á la cumbre de lo incognoscible; soñar aparentes realidades y vivir quiméricas ilusiones... ¡Oh, juventud! saludo en tí á la gracia, al amor, al entusiasmo, al verdadero campeón de las ideas del porvenir.

Tú, que amas y sientes inspirándote en la naturaleza, pues para tí tiene su lenguaje comprensible y armonioso el susurro del viento, el murmullo del agua, el canto del ruiseñor; tú, que percibes en tu sangre ardorosa el ansia de luchar y vencer; que tu corazón se halla abierto á las grandes pasiones, como tu cerebro á los grandes ideales... dime: ¿es posible que te dejes dominar por el mal del siglo, por esta enfermedad que Max Nordau califica de *falta de resolución*? ¿Para qué tantas energías inactivas? ¿Qué aguardas para demostrar que adoras la naturaleza y que desdeñas la civilización que se te ofrece á cambio de una explotación denigrante? ¿No concibes lo que sería un ser pensante y libre? Libre, ¿comprendes bien esa palabra?

Cuando el hombre apareció en el planeta, ya había tierra; por consiguiente, la tierra es del hombre, y como dueño de ella debe apropiarse de todas las fuerzas, de todas las substancias.

Que hay quien se cree señor del ave que cruza el viento, del pez que nada en el agua, del jabalí que rompe la maleza y entra y sale libremente en los dominios del señor, sí, ya lo sé; pero es una usurpación que debe cesar, que ha de cesar.

Que hay quien teniendo dinero ha comprado el esfuerzo de miles de generaciones, ha acaparado los instrumentos del trabajo y los inventos de la ciencia haciéndose fuerte y audaz, también lo sé. Sin embargo, creación alguna no debe ser en la tierra superior á la nuestra.

Si el árbol nace, crece, germina y se desarrolla libremente, siendo pasivo y

permaneciendo inmóvil y mudo, ¿no es más natural y lógico y justo funcione libremente el hombre que es sujeto activo y que habla y se mueve?

Si todo lo creado no es del hombre, ¿para qué produce la naturaleza esas aguas corrientes cristalinas, esos ricos peces que nadan en ellas, esos bosques en cuyas enramadas anidan aves de sabrosas carnes y cuyos senderos cruzan el ligero venado, el feroz oso y el montaraz jabalí?

La satisfacción de las necesidades es un derecho que queda sancionado al nacer, y nada ni nadie puede atentar á este derecho sin cometer el crimen de lesa humanidad.

Que cohibe la satisfacción de estas necesidades la falta de dinero, dirás. El dinero, vil instrumento de degradación de la especie humana, que fué inventado para que hubiera señores y siervos, para que se levantara la soberbia en sus castillos feudales, para que se comprara la virtud y el pensamiento, para que se inmortalizara al verdugo y se escarneciera la víctima.

¡El dinero, causa y efecto á la vez de nuestra corrupción y de nuestra cobardía, pues todo se supedita á él y á él todo se sacrifica!

¡El dinero, el dinero! representa la compra de la actividad humana, y si el poder vendido es la degradación, el esfuerzo vendido lo es también.

La sociedad actual, con sus códigos y leyes, sus costumbres y preocupaciones es imposible satisfaga la aspiración del que vislumbra océanos de ventura y felicidad. ¿Por qué, pues, no intentar formar otra que responda al concepto que tenemos de la belleza, del amor, de la verdad y del goce infinito de la justicia?

¿No sientes, acaso, necesidad de sacudir el yugo de la preocupación que amordaza y el de la tiranía económica que elimina de tu sér todo lo que de emprendedor y noble y generoso posee?

¡Qué mayor felicidad que ser libre como el pájaro, como el pez, como el agua, como el aire; vivir en la naturaleza, y en vez de preocuparse de si hay otra vida, estudiar el secreto de ésta para alargarla!

Si todos los esfuerzos de la juventud tendieran á este fin, *querer ser libre*, ¿qué importarían los tiranos? La juventud en la revolución equivale á la palanca que pedía Arquímedes.

Que estas mis palabras sean eco suficiente para que reflexiones, juventud estimable, y quedará del todo satisfecha, tu afectuosa amiga,

SOLEDAD GUSTAVO.

Sección extranjera

EVOLUCIÓN DE LA SOCIOLOGÍA CRIMINAL ⁽¹⁾

Con fiero y alegre ánimo aunque también tembloroso, abro esta libre exposición del pensamiento científico. Me propongo llevar á mis oyentes á través de las

(1) Lección de Criminalología social, explicada en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en el presente curso académico.

muchas cosas amargas que el estudio de ese mal social, que se llama delito, pone ante los ojos de aquellos que estudian con fé y entusiasmo las grandes enfermedades morales del hombre. Estudiaremos juntos el génesis de este doloroso hecho antisocial, que se conoce con el nombre de crimen; lo estudiaremos en sus diferentes factores, y después de una concienzuda indagación sobre las legislaciones que tratan de reprimirlo, buscaremos las bases morales de una nueva terapéutica social que tienda á suprimir toda actividad criminosa del hombre contra el hombre y que extinga las causas generadoras del delito.

Para la escuela clásica del derecho penal, desde Beccaria hasta Carmignani, delito es toda violación del derecho. Para la escuela antropológica es delito toda ofensa á los sentimientos fundamentales de probidad y de piedad. Sin pretender establecer una definición absoluta y eterna, yo sintetizo la proposición en esta forma: es delito el acto de un hombre que coarte los derechos naturales de otro, sobre los cuales se funda una civil conveniencia.

Dejemos por un momento las nociones abstractas para ocuparnos de la sociología en relación con el delito.

Cualquiera sabe que en los diferentes países, á las doctrinas escépticas y á los métodos inquisitoriales adoptados antes de la Revolución francesa, sucedió un período en el cual los estudios de jurisprudencia fueron una potente reacción en sentido liberal. Esta aurora que tuvo en Francia el prerafaelismo científico de los enciclopedistas, desde Condorcet hasta Diderot; en Germania el gran pensamiento del espíritu moderno que sintetizan Hegel y Kant; en Inglaterra la brillante ortodoxia económica de la escuela de Manchester, encontró en Italia una brotación filosófica y jurídica, de la cual buena parte todavía sobrevive á la implacable oleada del tiempo y de los descubrimientos científicos que se suceden. Ya muchos años antes de la resurrección nacional italiana, un filósofo insigne, Juan Domingo Romagnosi, preveía, con una intuición asombrosa, á la sociología criminal moderna, y reunía en tres grandes clases las causas infinitas del delito: *defecto de subsistencia, defecto de educación, defecto de la justicia.*

Y desde aquel momento el profundo pensador acusaba á la verdadera delincuente, á la sociedad, silogizando y demostrando matemáticamente, con la escolta de los hechos, el conocido aforismo de Quetelet en su *Phisique Social: La sociedad prepara los delitos, el delincuente los ejecuta.*

Fué un rayo de luz sociológica sobre la turba marea de la criminalidad; pero después, los penalistas se entregaron casi exclusivamente al estudio del delito como abstracción jurídica.

Una pléyade de jurisconsultos insignes, Scialocia, Del Rosso, Mittermayer, Carmignani, Carraca, llevó el estudio del derecho penal á grandes alturas filosóficas y jurídicas, agotando completamente las disertaciones doctrinales sobre el delito y sobre la pena. Esta escuela, la verdadera clásica del derecho penal, exageró el estudio y desarrollo de la parte doctrinaria, y concretándose al estudio del delito, perdió de vista al delincuente.

Pertenecía á la escuela antropológica del derecho penal conducir las indagaciones de los estudios de criminalología, de las contemplaciones abstractas del delito y de la pena, á las observaciones concretas y experimentales del individuo, que, bajo el empuje de causas que residen dentro ó fuera de la personalidad humana, ataca en cualquier modo, el derecho de los coasociados.

Lombroso primero, Garofalo, Ferri, Pugliere y muchos otros después, pusieron la premisa de un razonamiento matemático.

El hombre, como cualquier otro organismo viviente, tiene en sí y fuera de sí fuerzas múltiples y multiformes que lo empujan, lo exprimen, lo revuelven en uno ó en otro sentido, según sea el juego de las fuerzas determinantes que entren en acción.

Que el sér humano *sea libre moralmente de querer*, es una antigua ilusión contra la cual filósofos poderosos, desde Platón á Spinoza, desde Fonerbach á Roberto Ardigó, una de las inteligencias más claras de la ciencia positiva italiana, descargaron golpes nada despreciables: y Enrique Ferri recogió, ilustrándolas con sus geniales observaciones, la larga contienda científica en su hermoso libro *La teoría de la imputabilidad y la negación del libre albedrío*, que tanto escándalo promovió entre la pudibunda ortodoxia, la cual bautizó al autor y á los que siguen sus huellas, con el nombre de *nihilistas del derecho penal*.

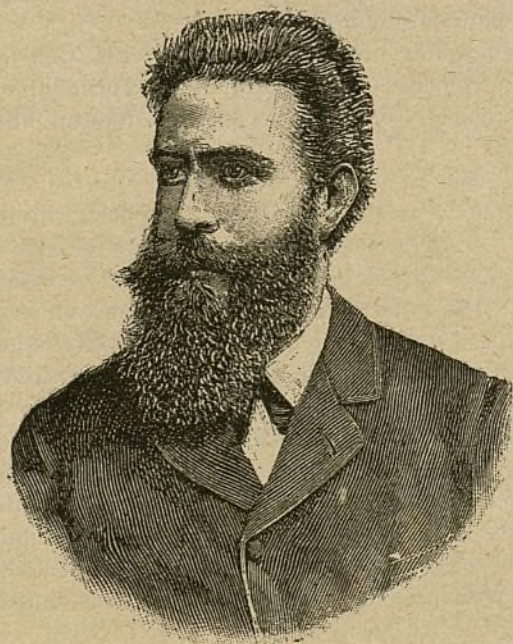
En las futuras lecciones, desarrollando los principios fundamentales de las varias escuelas de derecho, tendré ocasión de hablar otras veces *del libre albedrío* y de los argumentos que destruyen la quimera vulgar y secular (la cual no es otra cosa que derivados del principio metafísico que hace del hombre un compuesto de dos partes), y reproduce en él, como un microcosmos maravilloso, toda la actividad colosal de las fuerzas naturales, desde la de los músculos hasta la del pensamiento.

Si unas mismas leyes fundamentales rigen el mundo físico y el mundo moral; si, por ejemplo, todo efecto no es más que el producto de una importante cantidad de causas, y si estas causas, preexistiendo y obrando en aquel sentido dado, habían necesariamente de determinar lo que han determinado, las acciones del hombre, buenas ó malas, desde el punto de vista de una moral determinada, son otros tantos efectos de causas múltiples que han obrado sobre la voluntad, á despecho de la ilusión de que es libre para elegir, no dando otro resultado que una suma de fuerzas que obran coercitivamente, según el ambiente y la herencia en sus varios componentes.

Y si las leyes de gravitación del mundo físico, á través del juego infinito y variado de las diferentes fuerzas que se entrelazan, empujan y fortalecen recíprocamente, obran, sin embargo, obedeciendo rigidamente á la cadena de las fuerzas preponderantes, también en el mundo moral domina una ley universal de gravitación que pone la voluntad humana en el trance de obrar según los empujes morales más fuertes que resulten de la acción combinada de las fuerzas externas con las internas del individuo. De ahí que, en el éxito de esta batalla psíquica entre elementos que guerreen á cada hora, á cada minuto y á cada instante en lo profundo del alma humana, la sola función que queda á las facultades volitivas del hombre, es la de sancionar las determinaciones impuestas por las fuerzas psíquicas fisiológicas, el imperativo categórico, como le llamaba Kant, y la soberanía de este libre albedrío, que los metafísicos ponen por encima de toda psicología individual y colectiva, se restringen á las modestas funciones de un poder ejecutivo, por llamarlo de algún modo, entre la determinación y el acto.

PEDRO GORI.

En otros números continuaremos el curso.



Guillermo Conrado Röntgen

¡Qué fecunda es la naturaleza humana! No hay momento que no aproveche, ni aspiración, por sublime que sea, que no conciba. Desde la gigantesca mole al microscópico átomo; desde la célula simple al organismo más complicado; desde la idea amorfa á la generatriz del universo, todo se analiza y refunde en los crisoles de la ciencia, que es el alma de la humanidad, para sorprender, en la partícula atómica, en el tenue rayo de luz, en el imperceptible embrión, cuando aún es principio, esto es, causa y no efecto, ese sutil movimiento que llamamos vida y que arranca en su origen más allá de los mundos visibles. ¡Qué portentoso es el genio que anima, y vivifica y perfecciona á la humanidad!

Este, trata de desentrañar el secreto del reino vegetal, expiando la lenta vida de las plantas y anotando la paridad del movimiento y de la nutrición en todas las especies; aquel, escruta la sangre de los animales; estotro, estudia las leyes del movimiento general y sus relaciones con las revoluciones celestes; el de aquí, domeña el rayo; ese, sorprende las ondulaciones del éter; el de más allá, indagando en la mole los secretos íntimos de la naturaleza, busca conocer las transformaciones de la materia, que ve siempre para contrarrestar la imposible eternidad de un alma que no ve nunca... ¡A qué enumerar la obra gigantesca del progreso!

Los vívidos destellos que brotan de la mente del pensador, confundidos con la luz que se hace en el cerebro del sabio, cuando por el exámen continuo de las causas y los efectos procura descubrir el poder del movimiento que mantiene en nosotros la vida, sabiendo que de la tierra nada se pierde ni se escapa para ir á otro

planeta, son la antorcha luminosa que flamea en este siglo de innumerables desastres, son la afirmación de que la raza civilizada aún no degenera, pues siempre avanza hacia un más allá en busca de descubrimientos que la engrandecen.

¡Qué lástima, sin embargo, que tantos descubrimientos, tantos inventos, tantas maravillas del genio no puedan ser utilizadas sino por ínfima parte de la humanidad por falta de medios, y que la otra parte gima, se desespere y muera habiendo remedio para sanar! Urge una transformación social que acabe con ese reinado de tiranos y de esclavos y nos deje gozar de las ventajas de la civilización y de los beneficios de la naturaleza.

La audacia que despliega el genio en este último tercio de siglo, es, en verdad, sorprendente, y ¡ay! del que se retrase en su carrera, que le será difícil si no imposible alcanzarlo.

Ved lo que pasa con los rayos X. Hace cosa de tres años fuera de algunos tabernáculos de la ciencia pura, nadie sopechaba siquiera la existencia de misteriosas radiaciones, capaces de atravesar lo impenetrable y esterilizar sus secretos. Hoy todo el mundo habla del invento del profesor Röntgen como de una cosa vulgar; en las ciudades de alguna importancia existen gabinetes radiográficos, y no ha de transcurrir mucho tiempo hasta que éstos sean tan numerosos y generales como los talleres fotográficos ordinarios.

Este descubrimiento sensacional se debe á Guillermo Conrado Röntgen, profesor de Física en la Universidad de Würzburgo. Como casi todos los grandes descubrimientos, éste fué debido á la casualidad.

El sabio físico practicaba en la obscuridad una experiencia con el tubo Crookes, cubierto este último con un lienzo. A través del tubo pasaba una fuerte corriente eléctrica de inducción. Cerca del tubo, en la misma mesa, se encontraba una hoja de papel fotográfico preparado. Al día siguiente el profesor observó en el papel una serie de líneas y rasgos.

El hecho le llamó poderosamente la atención, y al principio no podía explicárselo; pero poco á poco fué recordando lo que había pasado y se dió cuenta de los precisados lineamientos.

Empezó á practicar experimentos fotográficos por medio del tubo Crookes y llegó á convencerse, no solamente de que el procedimiento que estaba descubriendo permite prescindir de cámara oscura, sino también de que la imagen del objeto herido por los consabidos rayos, no es reproducida si se la hace pasar por una lente.

Cuanto más exacta y escrupulosamente se examinan las fotografías Röntgen, tanto más sorprendente y convincente á la vez es el efecto de aquellas extrañas imágenes. El profesor Röntgen las obtiene colocando debajo ó detrás de el objeto que se propone fotografiar una cajita con papel preparado, y haciendo atravesar tanto dicho objeto como la tapa de madera de la cajita, por los rayos Crookes. Así, por ejemplo, colocó su mano por encima de la cajita y dejó caer en ella los consabidos rayos, obteniendo de este modo la curiosa imagen de que antes hicimos mérito.

Es indudable que en todos los laboratorios científicos el descubrimiento de Röntgen va á ser objeto de detenido examen. Los físicos harán investigaciones acerca de la propagación lumínica hasta ahora desconocida, que penetra objetos tenidos siempre por intransparentes. Los fotógrafos de nombrada tratarán de sacar del descubrimiento toda la utilidad posible, con gran contentamiento de los bió-

logos, los médicos, y especialmente los cirujanos, para quienes parece abrirse nuevos horizontes en el terreno de la diagnóstica.

Infinitas son las aplicaciones que han recibido los rayos X y se van multiplicando cada día más. Hasta la fecha es la medicina la que mayor provecho saca de los nuevos rayos. Por medio de éstos se pueden observar, sin operación quirúrgica, aristas de cristal, agujas, balas y otros cuerpos extraños en los tejidos animales, lo que facilita enormemente su extracción. Reseñaremos algunos experimentos de los rayos X para que se vea de cuánta utilidad son.

En 1896 se presentó en el laboratorio de un eminente físico de Berlín, un hombre recién salido del manicomio, suplicándole le observara la cabeza por medio de los rayos X, porque abrigaba la convicción de que tenía en ella una bala. El sabio accedió al ruego y encontró efectivamente una bala en el cráneo del hombre. Este, por afirmar con tesón que tenía una bala en la cabeza, había sido internado en un manicomio donde permaneció cuatro años.

Durante su estancia en Berlín, el virrey chino Li-hung-chang hizo examinar escotográficamente su cabeza por el profesor Slaby. No hacía mucho tiempo que un fanático, durante las negociaciones de paz chino-japonesas, le había disparado un tiro en la cabeza al anciano dignatario, pero los cirujanos no habían podido descubrir el sitio donde se había alojado el proyectil. El profesor Slaby pudo fácilmente escotografiar la bala y el canal por ella perforado.

Recientemente, en Barcelona, en el proceso Sempau, gracias á los rayos X se descubrió que la bala que recibió el jefe de policía Teixidor no había salido del revólver de Sempau, y el supuesto criminal pudo ser absuelto. La influencia de los rayos X en el veredicto de inculpabilidad de este proceso nos hace exclamar: ¡hurra por la ciencia al servicio de la verdad!

Por medio de los rayos X, no solamente se puede observar todo el esqueleto de persona viva, sino también los principales órganos internos.

Muy numerosas son las aplicaciones que en la industria y en las artes han recibido los maravillosos rayos. Estos sirven para leer cartas sin romper el sobre que los encierra, para investigar el contenido de cajas explosivas y para distinguir los diamantes falsos de los legítimos.

De otra aplicacinó de los rayos X se aprovecha la sericultura. El gusano de seda macho produce más cantidad de seda que la hembra, y M. Testenoire, director de la Condición de sedas de Lyon, ha tenido la ocurrencia de emplear los rayos X para determinar en el interior mismo de los capullos el sexo de las crisálidas. Las crisálidas hembras contienen en el interior de su cuerpo los huevos destinados á ser fecundados cuando se haya efectuado su transformación en mariposa. Ahora bien; como puede reconocerse la existencia de estos huevos puede, también verificarse una selección á fin de obtener los capullos de esta clase.

Sería difícilísimo pretender seguir el desarrollo de las varias ramas de la ciencia á que puede dar lugar este invento. En esta imposibilidad y considerando que Guillermo Conrado Röntgen, con su descubrimiento ha hecho un bien á la humanidad, LA REVISTA BLANCA lo coloca entre sus elegidos.



CIENCIA Y ARTE

CIENCIA Y SOCIALISMO

País propicio al desarrollo de las enfermedades mentales, es aquel que, por sus ocupaciones, produce grandes energías intelectuales, y aquel otro que, por el des-
envolvimiento que en él ha tomado la explotación del hombre por el hombre, mo-
tiva grandes desventuras.

Así como languidece el cuerpo que se ve obligado á dar más de lo que recibe; así como el organismo que desarrolla mayor suma de fuerzas de las que su poten-
cia permite se atrofia, así también sucumbe todo cerebro sujeto á un trabajo ex-
cesivo, siendo la muerte ó la locura el fin del proceso iniciado con la falta de ar-
monía entre las entradas y las salidas de capital cerebral.

Un neurótico ó sentimentalista muere, regularmente, de ataque al corazón, por-
que el corazón es el órgano que más trabaja; un mozo de cordel muere á menudo
de ataque al pecho, porque el pecho es el órgano que lleva toda la fatiga; y un in-
telectual muere de ataque al cerebro, porque es el órgano más activo.

No sólo el hombre fallece por el miembro que más produce; por la pieza que
más trabaja se pierden las máquinas también. Pero la lesión orgánica por exceso
de trabajo y la muerte por aquella lesión, no viene de la naturaleza ni de una con-
secuencia de la configuración ó construcción del mismo organismo, puesto que, si
las piezas de la máquina humana funcionaran como demanda á gritos el pro-
pio cuerpo, con armonía y equidad, y aportaran á la vida ó á la producción aque-
llo que buenamente pudieran, la muerte, en lugar de ser un accidente, como
ahora, sería el fin de un cuadro que la naturaleza traza al nacer á cada uno de
nosotros.

A aquellos de mis lectores que no estén iniciados en ciencia fisiológica, se les
hará muy cuesta arriba creer que un productor manual ó intelectual pueda hacer
funcionar á un tiempo mismo todas las piezas de su organismo, y evitar por este
medio que unas se desgasten más que otras. Los que tal cosa no conciben igno-
ran los grandes medios de defensa que el organismo humano reúne, tantos, que
bien puede decirse que el instinto de la vida reside en cada una de las células que
componen nuestro cuerpo, funcionando independientemente de aquel otro instin-
to que resulta de la asociación de todas las partes, reflexivo en numerosos casos.

El órgano que trabaja más es el que absorbe más vida de los centros asimila-
bles, y si éstos están bien asistidos de sustancias reconstituyentes, el desgaste de
aquel órgano es imposible, porque consume tantas fuerzas exteriores, como arroja
al exterior en forma de productos. Además, el organismo humano, con sus pode-
rosos medios de defensa, señala el peligro mucho antes de presentarse por medio
del cansancio ó del dolor.

entrañan. Es satírico como Larra, y destruye como destruía Desmoulins: con una frase. No hay dicho suyo que no arranque carne. Pega con temeridad, y de sus labios está pendiente á todas horas el sarcasmo sangriento. No expone un razonamiento que no aplaste. Ha declarado guerra sin cuartel al régimen existente. Nota que le axisia y lo detesta. Le falta ambiente, como á todos los que luchamos en el mismo campo, y trabaja con la energía que le es proverbial, no sólo para él, sino para los demás.

Con todo su talento, el autor de *Crimen legal* no sabe dónde volver los ojos para la realización de sus ideales, ni encuentra tribuna donde defenderlos, y cuanto más discurre, más se atolondra y menos acierta.

Le encontraréis muchas veces vagando por las calles á la ventura, sin norte ni rumbo fijo; con la cabeza levantada, distraída la vista, obsesionado en un pensamiento, buseando la solución de un problema irresoluble por el momento: el de la lucha por la existencia.

Sawa, como todos los pensadores jóvenes, no es hijo de este régimen. Si lo fuera, sería un hijo expúreo. Es un soñador cuyas utopías no verá realizadas hoy porque ha vivido muy de prisa.

De su pluma sólo gotean maldiciones lo mismo para los hombres que para las cosas. La sociedad le odia porque no ha llegado ha comprenderle; él odia á la sociedad, porque la ha estudiado á fondo y sólo ha visto vicios y defectos. En todas sus obras hallaréis la exhalación de un profundo pesimismo y la revelación palpable del desaliento.

El publicista, ruso Ernesto Bark, afirma que Sawa y Dicenta son aquí los portaestandartes del naturalismo.

Para mí, son de los pocos escritores españoles que se atreven á poner su pluma al servicio del ideal.

FRANCISCO MACEIN.

REVISTA DE REVISTAS

L'Humanité Nouvelle.—(París. Diciembre.)—Notable como todos es el número último de esta revista. El interesantísimo trabajo de Guillermo de Greef, titulado *Ensayos sobre la moneda, el crédito y las bancas*, concluye este número con afiligranadas citas de los más profundos pensadores apostólicos, científicos y sociólogos que desde el siglo xvi vienen ilustrando á la humanidad respecto á asunto tan importante como es el de la moneda y el cambio de productos, génesis del problema económico en las sociedades libertarias, deduciendo que, á la inversa de la economía política propiamente dicha, emanada de las clases superiores y privilegiadas, desde el punto de vista instructivo, el socialismo nace espontáneamente entre las capas más inferiores y oprimidas de la sociedad, pasando progresivamente de la vida inconsciente y de los actos reflejos á la vida consciente y á una actividad metódica y razonable. Con una dicción sencilla y hermosa y con minuciosidad de detalles explica el desenvolvimiento del socialismo libertario, que tiende hacia la naturaleza todas sus miras. Entre otros trabajos á cual más magní-

ficos, hay *Determinismo y responsabilidad*, crítica de la obra del mismo nombre de Hamón, y una extensa exposición de lo que son las *Bolsas del trabajo en Francia*.

A Arte.—(Porto. Diciembre.)—Esta importante y simpática revista portuguesa, dedicada exclusivamente al arte, cuenta con una brillante pléyade de colaboradores literarios y artísticos de todas nacionalidades y de todas las ideas. Publica el retrato de Trindade Coelho, distinguido literato nacional; el de Santos Guerra, aplaudido autor del esbozo de crítica social *Conventos & Collegios*, y el de Velloso Salgado, distinguido pintor lusitano, cuyo temperamento meridional, inspirador, romántico, convierte al artista en el más dulce y encantador colorista de la tierra portuguesa. Entre la variadísima colección de trabajos literarios que inserta dicha revista, hay uno notabilísimo á propósito del *París* de Zola. ¡Con qué profundas frases rechaza el autor—sugestionado por el indiscutible talento de Zola, vertido á torrentes en su *París*—la idea de la caridad, que es impropia de una sociedad igualitaria, y la de la resignación, que equivale á *querer* convencer á la humanidad de que debe renunciar á sus legítimas aspiraciones! En la imposibilidad de señalar aquí lo mucho bueno que con expresiva y sentenciosa prosa escribe Alberto Pinheiro, recomendamos á los amantes del arte y que conozcan la lengua lusitana, la lectura de esta revista.

Ciencia Social.—(Buenos Aires. Noviembre.)—Esta simpática revista argentina publica el retrato y la biografía de amigo tan querido como es Fermín Salvochea; el VII capítulo del concienzudo trabajo de Paraire *Conferencias populares sobre Sociología; El individuo y la sociedad*, de Juan Grave; un bien pensado trabajo de J. E. Martí, dedicado á *La juventud activa*, á la que, después de pasar el día en el taller trabajando duramente para alcanzar el mendrugo cotidiano, enciérrase por la noche en su pobre retiro, y robando las horas al sueño, entrégase á estudios profundos y diversos, pudiendo dar lecciones de Sociología y de todas las ramas de la ciencia á los que, frecuentando las aulas y sintiéndose *modernistas*, convierten, sin embargo, sus aspiraciones en una especie de diletantismo ideológico, y una *Crónica* del amigo J. Prat, ocupándose de la sensacional noticia *El desarme*, dada por Nicolás de Rusia.

Atienza Ilustrada.—(Atienza.)—Revista de Arte, Literatura, Historia.—Este número de 1.º de Enero que tenemos á la vista viene ilustrado con grabados y retratos de las glorias que posee la provincia de Guadalajara y con trabajos de escritores distinguidos de la misma provincia.

DE LIBROS

La evolución de la crítica, por J. Martínez Ruiz.—Este interesante librito es una afligranada sarta de citas de innumerables pensadores y literatos antiguos y modernos, sobre los cuales el autor hace atinados comentarios. La pluma de Martínez Ruiz, como suya, se desliza en estas 72 páginas con una gallardía y robustez dignas de encomio. Lástima que el autor no haya dado más importancia á la sociología haciendo honor á sus antecedentes radicales. La cuestión social tiene decisiva influencia sobre la artística, y es de sentir que no la aprovechen en bien del ideal todos los que pueden y deben hacerlo. Se vende á peseta el ejemplar en la librería de Fernando Fe, Madrid.

La comida de las fieras, por Jacinto Benavente; comedia en tres actos y un

cuadro.—El día del estreno en la Comedia ya dijimos las muchas bellezas artísticas que contiene la obra. Sin embargo, deseáramos que el Sr. Benavente, que tantas condiciones tiene para ello, traspasara el umbral del arte por el arte y se metiera de rondón en el arte al servicio del ideal.

El poema del trabajo, por G. Martínez Sierra.—A los jóvenes que se entusiasmen por la prosa armoniosa y sonora que puede brotar de la mente de un poeta, les recomiendo este librito, interesante para el que no tiene ideal definido y que, semejando á mariposa cegada, revolotea en torno á la luz. El autor de este bien escrito opúsculo se conoce que es joven, pero joven que cuando poetice menos y piense más, será de los elegidos. Se vende al precio de dos pesetas en la calle de la Palma Alta, 55 duplicado, Madrid.

Teresa Raquin, de Emilio Zola, refundido y puesto en castellano por Luis Ruiz Contreras.—El día de su estreno en la Princesa ya dijimos lo que nos parecía esa obra. Debemos añadir aquí que la crítica dijo que ésta era la refundición española mejor que se había hecho del drama del insigne Zola.

A propos du desarmement, por A. Hamón, París. Editado por *L'Humanité Nouvelle*.—Un folleto de 30 páginas que trata con alteza de miras, propia del sociólogo, la cuestión del desarme. Hay en este trabajo estadística comparativa de los ejércitos del mundo y el tanto por ciento de la riqueza nacional que representan capital negativo, puesto que se emplea en embrutecer á la humanidad y promueve las crisis económicas que actualmente sufren las naciones.

S. G.



PENSAMIENTOS

Lectores: La victoria sigue á la fuerza; fuerza física, fuerza moral, fuerza intelectual. Si queréis que vuestras ideas imperen, procuraros fortaleza, saber, salud, y presentad después esta fuerza al ideal.

Lectores: Si queréis amar vuestra existencia y la de vuestros semejantes; si queréis tener ideales y amores é hijos fuertes y sanos, huid del aire enrarecido, poneos en contacto con los agentes naturales en cualquier época del año.

Lectores: Si no queréis caer en el misticismo embrutecedor, que desdeña la vida, que busca el martirio y reniega de los goces, cuidad vuestro cuerpo con esmero.

Lectores: Si queréis ser enérgicos, buenos é inteligentes, no probéis bebidas alcohólicas.



SECCION LIBRE

Carta abierta PARA "SOCIEDAD NATURAL PERFECTA,"

Muy señores míos: Les suplico encarecidamente se dignen leer y si es posible contestar esta carta á fin de que me desvanezcan las dudas que me ha sugerido la lectura de su semanario de ustedes.

Principiaré por decirles que, sea por la forma en que está escrito ó por mi torpeza, regularmente será por mi torpeza, no he sabido comprender si *Sociedad Natural Perfecta* defiende ó no la igualdad económica patrocinada por todas las escuelas socialistas, porque si bien publican Vds. artículos que parecen defenderla, otros ensalzan y santifican la caridad, forma que no admite ni puede admitir ningún partidario de igualdad económica por cuanto ésta hace á aquélla innecesaria. Por manera que, á mi entender, es un contrasentido admitir á un tiempo mismo la caridad y la igualdad, porque donde exista la una, la otra no puede existir. Para que la caridad sea practicable, es necesario siempre, según mi humilde opinión, que unas personas carezcan de lo necesario y otras tengan más de lo que necesitan, injusticia que no puede darse en una sociedad basada en la igualdad económica.

Además, en el segundo número del semanario de Vds. se dirige una alocución á todos los que militan en las escuelas avanzadas, en cuya alocución, entre otras cosas más ó menos peregrinas, peregrinas según mi escaso entendimiento, se dice que los socialistas más avanzados distan tanto del autor del artículo en cuestión como aquéllos distan de los absolutistas. Como en el escrito esto no se demuestra, aunque se diga, ya que las palabras *luz, amor y verdad* que se invocan para probarlo, sólo como metáfora pueden tener significación especial, y en este caso todas las personas de buena voluntad las amamos, les suplico hagan Vds. el favor de decirme en qué consiste que Vds. sean más radicales que este servidor, que cree serlo muchísimo. ¿Cómo no poner en duda el radicalismo de quienes construyen bandera de combate con aforismos cristianos? Espero, pues, y les suplico me hagan el favor de presentar con más claridad el aserto en cuestión.

En el mismo artículo hay un párrafo que dice:

«Por cierto tengo que ya me habréis calificado en vuestra mente febril; ¿anar-

quista?... ¡Infeliz, compadecedle!... No, hermanos: no os apresuréis. ya de propósito os he anticipado que llevo por delante el amor, y el amor no puede engendrar el exterminio airado, procedimiento acaparado por las sectas del terror, siempre malvadas, cualquiera que sea su adjetivo.»

De la lectura de estas letras se deduce que para el autor de ellas, anarquismo, es sinónimo de odio y exterminio y como yo tengo de esta doctrina un concepto diametralmente opuesto, le suplico, también, se digne demostrarme con razones que estoy en un error.

Otras muchas dudas podría contarle, pero creo que, para desvanecer las expuestas, tienen Vds. trabajo para rato.

Como supongo no ha de molestar á Vds. convencerme de la verdad de cuanto ustedes dicen, espero me concederán el obsequio que solicito.

De Vds. afectísimo servidor que besa sus manos.

J. M. R.

El Socialismo se impone ⁽¹⁾

II

Este gran acontecimiento—la Revolución francesa—á que llegábamos en nuestro artículo anterior, con la ligera ó breve reseña histórico-social de los acontecimientos capitales de la vida y progreso del género humano, es tal vez el suceso más trascendental de la historia. Su importancia, por los actos realizados, sus consecuencias y la poderosa influencia progresiva ejercida en los humanos destinos, son innegables. Fué un sacudimiento espantoso que conmovió, en sus raíces más profundas, el edificio social en que se solozaban soberbios, absolutos, triunfantes las majestades divinas y humanas: reyes, clero y nobleza, con la fuerza y soberanía á que largos siglos de uso y abuso autorizaban. Parecía llegada la hora solemne del juicio final, en que Dios se ponía del lado del pueblo, de las víctimas, de los justos, y llamaba á juicio á todos los errores é iniquidades de las generaciones pasadas, y á los verdugos presentes que las sostenían, para ejecutarlos y hundirlos en eterna condenación; y señalaba á los suyos el paraíso de la dicha, de la verdad y de la justicia.

Sí; parecía haber sonado la hora de la justicia en las relaciones del género humano. Nunca se había arrastrado á los esclavos, á los siervos, al pueblo, á movimientos sociales, á nombre de sí mismo. Siempre se le había hablado (creyendo anulada su personalidad) á nombre de las jerarquías, del amo, del señor, del rey, de Dios, de la localidad ó de las razas. Los nombres simpáticos de libertad, igualdad y fraternidad, le eran dedicados por hombres de la nobleza, del clero, de las letras y del dinero, para sublevarlo en contra de los prestigiosos odiados

(1) Por equivocación firmamos el primer artículo con el nombre de la persona que nos lo mandó, creyéndolo obra de un obrero que tan hermoso trabajo ha escrito. Hacemos esta aclaración espontáneamente á fin de evitar malas interpretaciones. Los artículos son notables y importa bien poco conocer el nombre del autor.—N. DE LA R.

tiránicos de Dios, reyes y nobleza, de modo elocuentísimo, en reuniones y asambleas numerosas. Su soberanía, la libertad del trabajo y su redención, eran proclamadas. Las cadenas de todas las esclavitudes, maldecidas. El día de las reivindicaciones había llegado. La fraternidad universal aclamada. La guerra á muerte á todos los tiranos, erigida en deber sagrado. La libertad y redención de todos los pueblos encadenados, declarada misión nacional, humana y patriótica. Y Dios era suprimido y decapitado. Y la razón declarada religión universal. Y los derechos del hombre reconocidos. Parecía, en fin, que el hombre se había acercado á la naturaleza, y se había reconocido.

Todas estas declaraciones y aclamaciones; estos gritos sublimes de libertad, igualdad y fraternidad, fueron de efecto mágico para el pueblo. Y lo convirtieron en un atleta gigantesco, dispuesto á luchar con todos los tiranos de la tierra. Cayó como una avalancha sobre todas las cadenas; las legendarias moles de granito, las fronteras, todo lo rompió, destrozó y arrolló, llevando á todos los pueblos los resplandores de las nuevas ideas. Dejó sepultados entre los escombros de la Bastilla, el derecho divino de los reyes, los derechos señoriales, esto es, la cadena de la servidumbre, del trabajo, la autoridad, privilegios y prebendas de la Iglesia, y sacó triunfante la igualdad de derechos civiles y políticos, la libertad del trabajo, industria y comercio. Napoleón, por una de esas causas desconocidas que en la historia humana producen sucesos progresivos por caminos contradictorios, es el encargado de acabar la obra de sacudir y mover del letargo en que estaban todos los pueblos de Europa, y por medio de la metralla, destronando y empuñeciendo á sus tiranos, y con el contacto y costumbres de los soldados que habían sido ciudadanos, van aceptándose en todas las naciones las nuevas ideas.

De aquí data la era política. El parlamentarismo es la nueva fórmula del derecho, ó la autoridad legislativa y jurídica de los pueblos. Pero esta era no es más que de transición. El pueblo francés y todos los pueblos fueron engañados. Las proclamaciones de la Revolución resultaron mentira; la libertad, igualdad y fraternidad no existen. La soberanía del pueblo es mentira también. Y la sangre vertida por el pueblo, de poco le sirvió.

Es verdad que el desarrollo industrial y comercial alcanzado por sus libertades y la del trabajo, es inmenso; que la riqueza se ha multiplicado maravillosamente; que el progreso material y hasta moral, en todas las ciencias, y especialmente en la mecánica, es asombroso. Pero también lo es que todos estos bienes recaen sobre las clases directoras de la sociedad, y especialmente de la clase media, á favor de la cual resulta el cambio social producido por la Revolución.

Para el pueblo acabó la condición de esclavo, de siervo; pero quedó la de asalariado: cómpransele todas sus actividades, sin más precio ni garantía que el que permitan la *oferta* y la *demanda*. Su situación no hizo más que cambiar de forma.

Esta nueva fase histórica de la vida humana, con sus nuevos elementos, sus medios de desenvolvimiento y las nuevas necesidades creadas, no es, pues, más que un paso, si bien importante, en la escala ascendente del progreso.

No es más que la exaltación á las esferas directoras de una clase, tal vez necesaria por las imperfectas cualidades del humano organismo, para llegar los pueblos á la era del equilibrio y armonía social.

Esta clase, hija de la Revolución y directora de la sociedad, y á la que se la

designó con el nombre de burguesía, al llegar al poder, perdió bien pronto de vista aquellos entusiasmos humanitarios y fraternales que la elevaran, y empezó á transigir y pactar con los elementos de la sociedad antigua, á los que, quitándoles los privilegios, les conservó y garantizó su existencia, á la nobleza su propiedad y al clero una renta por el Estado á cambio de que ellos reconocieran su obra y el poder de las fuerzas é ideas que le daban vida; esto es, la riqueza alcanzada por todas las actividades y medios, el talismán poderoso que debía abrir las puertas de todos los secretos de la naturaleza, la majestad moderna, el capitalismo. Y así estos nuevos conquistadores del dinero, estos criados, panaderos, taberneros y barrenderos, convertidos en especuladores, llegaron á capitalistas y se hicieron marqueses y condes, y los condes y marqueses se hicieron especuladores y capitalistas, compartiéndose el dominio de la sociedad, apoyando á la Iglesia, y apoyándose en ella, para que el pueblo siguiese mirando hacia el cielo. Por esto, decíamos que la Revolución arrastró consigo grandes y gravísimos errores del pasado: la propiedad y la Iglesia ó sea la religión. Añadiremos á esto las falsas bases, principios é ideales creados, y á los que se aferraron los directores de la sociedad, elevándolos á dogmas jurídicos, económicos y sociales, capaces y únicos de realizar la dicha de los pueblos. Veamos estos dogmas y principios, los beneficios ó realidades que producen.

Abiertas las puertas á todas las actividades, sin más ideal que la riqueza, y dotados los unos con los conocimientos, la propiedad y el capital, y los otros sólo con sus brazos y su ignorancia, el triunfo no podía ser dudoso. La lucha no era de castas, ni de nobles y plebeyos, sino de ricos y pobres. Así que los ricos aumentaron cada día fuerzas, explotando de mil modos la naturaleza, la materia, las pasiones, los gustos, con la ciencia á su servicio, y los pobres, con el trabajo, aumentaron su miseria.

Los ricos estatuyeron un estado político que, pareciendo responder al reconocimiento de los derechos del hombre y afirmarlos, no hizo más que garantizar y asegurar sus privilegios. Con dinero se puede ser diputado, senador; no importa cómo se haya adquirido ni la inteligencia que lo posea. Con dinero no hay responsabilidades ni castigos; con fianzas y á lo sumo multas, la sociedad está satisfecha. Y cuando hace falta, se compra todo, hasta la conciencia.

Para los ricos se creó una ciencia que se llama económica, obra de estómagos agradecidos y de interesados aristócratas, que aunque reconocieron que la base de la riqueza es el trabajo, la producción y la libertad de ejercerlo, se desentendieron del trabajador, ó bien le colocaron dentro de la fatalidad de los principios generales—sin derecho á otra cosa,—que eran, *mayor producción á menos costo*, *concur-rencia*, oferta y demanda. Mas estos principios, bases é ideales absurdos de la sociedad, esta guerra de ricos y pobres, produjo, durante los primeros cuarenta años de este siglo, efectos desastrosos, como demostraremos en el próximo artículo.



el *polen* fructífero latente en sus esfuerzos musculares é intelectuales, véase cómo, no siendo necesarios para producir, no produciendo, como desde luego no producen, resultan los capitalistas y los empresarios explotadores del trabajo ajeno, ya que viven y medran á sus expensas.

Así son todas las argumentaciones y teorías forjadas para combatirnos por los señores economistas.

Pompas de jabón que estallan al soplo de la más débil crítica.

DONATO LUBEN

IDEAS NUEVAS

II

La primera condición social que es necesario establecer para que el individuo sea autónomo y pueda desenvolverse libremente, es convertir la tierra en propiedad común é igualmente los instrumentos mecánicos, fruto del trabajo de las generaciones que nos han precedido en la vida. Cuando los productos del trabajo dejen de ser propiedad de una minoría parásita y esté en poder de los trabajadores, libres é instruidos, éstos los manejarán en beneficio de la humanidad emancipada y sin que nada ni nadie, bajo ningún pretexto, pueda imponer tributo alguno sobre los instrumentos, ni sobre el trabajo, ni sobre la tierra.

Dividida ésta en pequeñas parcelas por el derecho de herencia, no permite al pequeño propietario poner en movimiento los potentes instrumentos modernos, que multiplicarían la producción como los panes y los peces del milagro. De otra parte, acaparada la tierra por los señores adinerados y transformada en grandes cotos improductivos, sin otro objeto que el de distraer sus ocios, produce apenas lo suficiente para nutrir la exigua población que sobre el planeta existe. Vista, pues, la mala forma en que se explota el terreno, el interés del campesino debería ser unir su pequeña propiedad con la de su vecino, asociar sus esfuerzos con los demás hombres, y poniendo en movimiento todos los instrumentos agrícolas, borrando con ellos todas las odiosas divisiones que indican lo tuyo y lo mío, dar un vigoroso empuje á la producción y emanciparse así del actual régimen individualista que á tan dura condición nos reduce.

Esto, que es justo y humano y que constituye actualmente el sueño de una minoría de utópicos, y que, sin duda alguna, será en un futuro no muy lejano una realidad tangible, porque las leyes de la historia se cumplen de un modo inflexible como las de la naturaleza, está ya anunciado por la sociología y se funda, lo mismo cuando se refiere á la tierra que cuando á la propiedad en general, en que nadie tiene derecho á esterilizar el suelo convirtiéndole en bosque, porque no es de propiedad exclusiva para satisfacer sus gustos particulares, mientras haya un humano que no tenga cubiertas sus necesidades.

Para que la obra de la expropiación (digámoslo claro sin temor á nada) pueda efectuarse con tanta urgencia como millones de seres hambrientos, ultrajados y prostituidos, necesitan, es preciso que todos los hombres que sufren el peso ominoso de la explotación y la miseria, se confraternicen en una común aspiración.

Es necesario hacer comprender, lo mismo al pequeño propietario agrícola que al desheredado campesino, verdadero esclavo del terruño en nuestro siglo, que el mismo señor que le explota y raciona, explota y raciona también al trabajador industrial, y que, por consecuencia, lejos de considerar á éste como enemigo, debe, al contrario, darle su mano amiga, unirse á él, y juntos luchar contra el enemigo de ambos, ese sér monstruoso que por ley de la argucia sanciona cuanto se refiere á la transmisión de la riqueza, sea por la explotación ó la usura y hasta por el robo. La lucha que el progreso y la ciencia abonan, no será tan empeñada como á primera vista parece, puesto que todos los elementos de vida y bienestar son resultado del trabajo útil. Una vez desahuciada esta sociedad, con la que ningún espíritu superior puede estar conforme, dirigirse hacia la luz, como aquel pueblo ignorante que Bernardo Lazare nos describe en uno de sus cuentos maravillosos, hacer un esfuerzo supremo, combatir la maldad, el egoísmo y la ignorancia, y organizar la producción sin directores que aniquilen las iniciativas de nadie ni propietarios que acaparen lo producido. Hecho esto, inspirarse en el trabajo y procurar que á la humanidad no le falte nada de lo que á su libertad y desarrollo sea necesario; informar todos los actos en tan sublime principio debe ser la norma del pueblo emancipado. Las iniciativas del obrero libre é instruido, serán más fecundas para la vida y para el bien que los capataces que en la actualidad le ultrajan, los burgueses que le explotan y los malvados que le envilecen.

El obrero industrial, ese esclavo que vive en perpetua reclusión, embastillado en fábricas ó talleres, sin más derecho que trabajar y sufrir, debe convencerse que la maquinaria no es su enemigo, y que, lejos de desear su supresión como los ignorantes dicen, debe felicitarse de su concurso, puesto que la sociedad anunciada nos permitirá economizar tiempo y fuerza. Siendo la maquinaria resultado del estudio de las generaciones pasadas, á la humanidad debe pertenecer como glorioso legado de nuestros padres, que, con la perfección que nosotros hemos introducido en ella, es la joya más preciosa de nuestra civilización. Cuando en un mundo mejor, en plena era de libertad, los trabajadores la manejen en beneficio de todos, será el motor principal de la felicidad humana, porque nos librará de la fatalidad natural del trabajo muscular, y podrá el hombre, por el estudio, llegar al pleno florecimiento de su intelectualidad, irradiando con colores de un iris ignoto á la sociedad humana, las ciencias, las artes y el amor.

ANTONIO LÓPEZ.

Sección extranjera

Ciencia social

Se dice que los libertarios viven en un mundo de sueños sobre el porvenir, que no ven las cosas presentes. Tal vez las vemos demasiado, y con sus verdaderos colores, y es por eso que llevamos el hacha en medio de este bosque de prejuicios autoritarios que nos obcecán.

Precisamente porque no vivimos en un mundo de visiones y no imaginamos á los hombres mejores de lo que son, es que afirmamos que el mejor de los hombres se vuelve esencialmente malo por el ejercicio de la autoridad, y que la teoría del «equilibrio de los poderes» y del «control de las autoridades» es una fórmula hipócrita, fabricada por los detentores del poder para que el «pueblo soberano», al que desprecian, crea que es el que gobierna. Es porque conocemos á los hombres que decimos á los que se imaginan que si ellos no estuvieran los unos se comerían á los otros:—Razonáis como aquel rey que, enviado á la frontera, exclamaba: «¡Qué será de mis pobres súbditos sin mí!»

Si los hombres fueran esos seres superiores de quienes gustan hablarnos los utopistas de la autoridad, si pudiéramos cerrar los ojos á la realidad y vivir, como ellos, en un mundo de ilusiones sobre la superioridad de los que se creen llamados al poder, quizá haríamos como ellos. Creeríamos en las virtudes de los gobernantes.

Con amos virtuosos, ¿qué peligro podría ofrecer la esclavitud? ¿Recordáis el amo de esclavos de que tanto se nos ha hablado hace treinta años apenas? ¿No estaba obligado á tomarse cuidados paternales para con sus esclavos? Solamente él podía impedir que esos perezosos, esos indolentes, esos niños imprevisores murieran de hambre. ¡Él, aplastar á sus esclavos bajo el peso del trabajo ó mutilarles á golpes! ¿Cómo hubiera podido hacerlo cuando su interés directo era alimentarlos bien y tratarlos como niños! Y además, la ley, ¿no estaba para castigar las menores faltas de un amo que olvidase sus deberes? ¡Ah, cuántas veces se nos ha dicho esto! Pero la realidad era de tal naturaleza, que, vuelto de su viaje al Brasil, Darwin oyó toda su vida los gritos de angustia de los esclavos mutilados, los sollozos de las mujeres que gemían, sus dedos comprimidos por *poucettes*.

Si los señores, colocados en el poder, fueran realmente estos seres inteligentes y consagrados á la causa pública de quienes los panegiristas de la autoridad se complacen en hablarnos, ¡qué bonita utopía gubernamental y paternal no llegaría á constituirse! El patrón nunca sería el tirano del obrero, sería el padre. El taller sería un lugar de delicias, y en ningún caso poblaciones de trabajadores se verían condenadas á la ruina de su constitución física. El Estado no envenenaría sus obreros con la fabricación del fósforo blanco, que es tan fácil de reemplazar por el fósforo rojo.

El juez no tendría la ferocidad de condenar la mujer y los hijos del que envía á la prisión, á sufrir años de hambre y de miseria y á morir un día de anemia; jamás un juez pediría la cabeza de un acusado por solo hacer ver la fuerza de sus talentos oratorios, y por ninguna parte se encontraría un carcelero ni un Deibler para ejecutar las sentencias que los jueces mismos no tendrían el coraje de ejecutar. ¡Qué digo! Nunca habría bastantes Plutarcos para relatar las virtudes de los diputados, los que, naturalmente, tendrían horror á los cheques. Biribi se convertiría en austero almágico de virtudes, y los ejércitos permanentes serían la alegría de los ciudadanos, puesto que los soldados no tomarían el fusil más que para hacer gala delante de las buenas muchachas, y para llevar ramos de flores en la punta de las bayonetas.

¡Bonita utopía, bonito sueño de Noël el que se hace, cuando se admite que los gobernantes representan una casta superior, que tienen poco ó nada de las debilidades de los simples mortales! Bastaría, según esto, establecer un control jerár-

quico y permitirles cambiar, cuando mucho, una cincuentena de papeles entre los diversos administradores, cada vez que el viento derriba un árbol sobre un camino nacional; ó, en caso necesario, se les juzgaría por estas mismas masas de mortales, que, dotadas de todas las imperfecciones en sus relaciones mútuas, se vuelven la sabiduría misma cuando se trata de elegir amos.

Toda la ciencia del gobierno, imaginada por los gobernantes mismos, está imbuida de esas utopías. Pero nosotros conocemos demasiado á los hombres para pensar en cosas semejantes. No tenemos dos pesas ni dos sistemas de medidas, para las virtudes de los gobernantes y las de los gobernados; sabemos que nosotros mismos no carecemos de defectos y que los mejores de los nuestros bien pronto se corromperían en el ejercicio del poder. Tomamos los hombres por lo que son, y es por esto que odiamos el gobierno del hombre por el hombre y que trabajamos con todas nuestras fuerzas, no lo bastante tal vez, para ponerle fin.

Pero no basta demoler; también es preciso construir, y por no haber pensado bastante en ello, el pueblo ha sido siempre embaucado en todas sus revoluciones.

Después de haber demolido, abandonaba el cuidado de reconstituir á los burgueses, que poseyendo una concepción más ó menos neta de lo que querían realizar, constituían las cosas en su favor.

No basta demoler; por eso la acracia al pedir la abrogación de las leyes y la abolición del mecanismo que sirve para imponerlas, al rechazar toda organización jerárquica y al predicar el libre convenio, trabaja al mismo tiempo en mantener y ensanchar el precioso núcleo de costumbres de sociabilidad, sin las que las sociedades no podrían existir. Sólo que en lugar de pedir el mantenimiento de estas costumbres sociales á la autoridad de algunos, lo busca en la acción continua de todos.

Las instituciones y las costumbres comunistas se imponen á la sociedad, no solamente como una solución de las dificultades económicas, sino también para mantener y desarrollar las costumbres sociales, que ponen á los hombres en contacto recíproco, estableciendo entre ellos relaciones tales que hagan coincidir el interés de cada uno con el interés de todos.

Si nos preguntamos por qué medios puede mantenerse un cierto nivel moral en la sociedad, no descubrimos más que tres: la represión de los actos antisociales, la educación moral, y la práctica misma del apoyo mutuo. Y puesto que los tres se han practicado, podemos juzgarlos por sus obras.

En cuanto á la impotencia de la represión, está suficientemente demostrada por el desorden de la sociedad actual. En el dominio económico, la coerción nos ha llevado al destierro industrial; en el dominio político, á un Estado que destruye todos los lazos que existían antes entre los individuos, á fin de que la nación se vuelva una masa incoherente de personas sometidas en todo á una autoridad central.

El régimen coercitivo, no sólo ha creado los males del actual sistema social, sino que ha dado pruebas de su impotencia absoluta para levantar el nivel moral de la sociedad; ni siquiera ha podido mantenerla en el nivel que por sí misma alcanzara. Si un hada bienhechora pudiese revelar á los ojos de todos los crímenes que se cometen cada día, á cada instante, en la sociedad civilizada, cubiertos por el velo de lo ignorado, bajo las altas protecciones de la ley misma, la sociedad se estremecería. Ahora no se llega á los grandes crímenes políticos, como el 2 de Diciembre ó la semana sangrienta, y, como decía el poeta, «se hiere á los pequeños impíos para satisfacción de los grandes.»

Más que esto. Cuando la autoridad se encarga de moralizar la sociedad por el castigo de los criminales, no hace más que acumular nuevos crímenes.

*
*
*

Lejos de nosotros la idea de desconocer la importancia del segundo factor, la enseñanza moral, sobre todo la que se transmite inconscientemente y resulta del conjunto de ideas y de apreciaciones emitidas por cada uno de nosotros sobre los hechos y los acontecimientos de la vida diaria. Pero esta fuerza sólo puede ser eficaz con una condición: la de no ser contrarrestada por otro conjunto de enseñanzas inmorales que resulta de la práctica de las instituciones.

En este caso, su influencia es mala y aun perniciosa. Tomad la moral cristiana: ¿qué otra doctrina puede tener más precio para los espíritus que la que habló en nombre de un dios crucificado, y pudo conducir á la acción con toda su fuerza mística, con toda la poesía del martirio, con toda la grandeza del perdón á los verdugos?

Y, sin embargo, la institución fué más fuerte que la religión: bien pronto, el cristianismo, rebelado contra la Roma imperial, fué conquistado por esta misma Roma, de la que acabó por aceptar las máximas, las costumbres y el idioma. La Iglesia cristiana se volvió derecho romano, y como tal, fué en la historia aliada del Estado, y la enemiga más encarnizada de las instituciones semi-comunistas, á las que el cristianismo había invocado en sus comienzos.

¿Podremos creer por un momento que la enseñanza de la moral, patrocinada por las circulares de los ministros de la Instrucción pública, tenga la fuerza creadora que no tuvo el cristianismo? ¿Y qué puede hacer la enseñanza de los hombres verdaderamente sociales, contra el conjunto de las enseñanzas derivadas de costumbres antisociales?

Queda el tercer elemento, la institución misma, obrando de manera que haga pasar los actos sociales al estado de hábito ó instinto. Este ha sido su rol histórico, pero ha sido un instrumento de doble filo. Cuando la costumbre se inmoviliza, se cristaliza, se vuelve religión inatacable, absorbe al individuo y le priva de toda amplitud de acción. Entonces la institución se hace mala, detiene el progreso y provoca la rebelión salvadora del individuo.

En efecto, todo lo que en el pasado fué elemento de progreso ó instrumento de perfeccionamiento moral é intelectual, fué debido á la práctica del apoyo mutuo, á las costumbres que reconocían la libertad de los hombres, y les hacían aliarse para producir y consumir, unirse para defenderse, federarse y no reconocer otros jueces que los árbitros que sacaban de su seno.

Cada vez que estas instituciones, surgidas del genio popular, podían desenvolverse en la historia, el nivel moral de la sociedad, su bienestar material, su libertad, sus progresos intelectuales y la manifestación de la originalidad individual, entraban en una faz ascendente. Y, al contrario, cada vez que los hombres, sea después de una conquista extranjera, sea en razón del desenvolvimiento de los prejuicios autoritarios, se encontraban cada vez más divididos en gobernantes y gobernados, en explotadores y explotados, el nivel moral descendía, el bienestar de la mayoría desaparecía para asegurar la riqueza de algunos, y el espíritu del siglo se achicaba. Es lo que la historia nos enseña. De la historia sacamos nuestra confianza en las instituciones del comunismo libre, para levantar el nivel moral de las sociedades, rebajado por la práctica de la autoridad.

PEDRO KROPOTKINE.



Gerardo Hauptmann

En la revolución de la dramática moderna, iniciada en nuestra época con la aparición, ó mejor, con la popularización de las geniales concepciones de humanidad de Ibsen y Bjornson de avasalladora influencia entre cuantos rinden fervoroso culto al humano pensamiento, descuella, como uno de los apóstoles primeros, Gerardo Hauptmann, privilegiada inteligencia de poeta y sociólogo, y una de las más interesantes y sin disputa la más sobresaliente personalidad moderna de la literatura dramática alemana

El teatro que ha creado Hauptmann, complejo como otro ninguno por los diversos aspectos de sus dramas, no es un teatro popular ni es probable llegue á popularizarse nunca, sobre todo en nuestro país, por constituirlo los más elevados elementos artísticos puestos al servicio de las ideas más nuevas, abstractas muchas veces, y menos asequibles á la común inteligencia de los grandes públicos. Su teatro es á manera de cátedra, y su arte social, á un tiempo, de profundo filósofo y de refinado poeta. En Alemania mismo, donde es considerado como *el maestro* por los *intelectuales*, no logra entre la gran masa el renombre ni los inmediatos éxitos que el habilidoso Sudermann, el grandilocuente Wildenbruck, Fulda, Halve ó Hirschfeld, con todo y hallarse mucha mayor cantidad de savia de la imaginación, mucho más cerebro en cualquiera de las concepciones de Hauptmann, á pesar de su desigualdad entre sí, que en las de sus competidores.

En todas ellas, aun en aquellas como las primeras que produjo, en que todavía no se había afirmado su personalidad, cuando divagaba sin fijo derrotero, aparece antes que todo como un gran poeta, como un lírico con lirismo á la manera de Goethe, y como un pensador inquieto, sociólogo que escudriña é inquiere los dra-

mas de la familia humana, los egoísmos sociales y las hondas crisis de las almas, tanto más terribles cuanto más inexplicables.

El primer drama de Hauptmann *Die Weber* (Los Tejedores), escrito en el dialecto de Silesia, y solo representado en Alemania apenas hace dos años, es el poema de la miseria de los obreros alemanes. Influido el autor por el realismo del teatro francés, entonces imperante, Hauptmann escribió con *Los Tejedores* un drama puramente realista, una sucesión de escenas y cuadros en la realidad tomados, pero expresados con tal intensidad, con tal viveza dramática, con tan vigoroso trazo, con tan artístico modo, que constituyen una de las más *vivas* páginas de la moderna literatura europea. En *Los Tejedores* no hay tesis, sino sólo la presentación de humanas figuras que son humanos *tipos*, y escenas vivas y drama real, drama externo, que se manifiesta al desbordar la pasión y el sentimiento, en aquella lucha del hambre de los explotados, que lleva á los unos á la revuelta, al motín, al saqueo, y hace morir á otros como al infeliz anciano, resignado siempre, allí junto al telar, junto á su trabajo.

El carácter de su segunda obra, *Einsame Seelen* (Almas solitarias), es opuesto completamente al realismo del drama citado antes. *Einsame Seelen* es ya un drama interno, un drama psicológico, un estudio de la inexplicable crisis de dos almas encadenadas por las convenciones sociales, por los pactos heredados y no consentidos, que se rebelan y vuelan solitarias una al lado de la otra, conscientes de la injusticia de la moral impuesta que las esclaviza. En *Almas solitarias* no está afirmado todavía el modo íntimo de ser de Hauptmann; no ha logrado aún acertar con la expresión de su propia personalidad, con exceso influido por la manera ibseniana.

De carácter distinto, asimismo, pero ya más original, es su *Poema dramático* en dos actos *Hannelle*. En él Hauptmann aparece como un revolucionario del teatro, que busca la nueva fórmula del arte dramático, algo más emocional que las reproducciones de la realidad en forma literaria, como un escritor que no ha acertado ni está convencido de cuál debe ser esta fórmula, pero que persigue y ensaya en hermosas tentativas la realización de un ideal vago que persigue. Así, *Hannelle* es todo lo contrario de una obra teatral tal como se concibe y entiende el teatro para la mayor parte del público; el antiguo armazón de los dramas ha desaparecido, y el procedimiento en uso hasta el día y el objetivo de la obra dramática han desaparecido también. En esta obra existe algo de lo que persigue Maeterlinck: un refinamiento de sensaciones vagas, pero intensas, concentrar al espectador sugestionado por lo que se le presenta y emocionarle con visiones *impalpables* que produzcan en su imaginación intensas impresiones, de terror unas veces, delicadas y llenas de poesía otras. Y es evidente que se realiza en tal obra el objetivo del maestro; es imposible explicar la serie de emociones que se experimentan ante la presentación de *Hannelle*. El teatro, á obscuras completamente y apenas iluminado el estrecho escenario por dos pequeñas lámparas, aparecen dos hombres llevando en brazos el casi inanimado cuerpo de Hannelle, la suicida que se ha arrojado al río, y la acuestan en una miserable cama del fondo de la estancia. Al poco rato empiezan á agitarse en el fondo de la imaginación de aquel sér delirante, ideas vagas, recuerdos confusos, que percibe el espectador en apariciones fosforescentes, visiones de luz tomando formas humanas y desvaneciéndose como se desvanecen en la imaginación de la pobre

agonizante. Desaparecen por fin las sugestivas apariciones: Hannelle está dormida para siempre. Y empieza el acto segundo. Hannelle se halla en su lecho rodeado de un mundo de luz y vagan por la estancia ángeles radiantes de hermosura, que atraviesan la escena como hermosas palomas blancas con las alas extendidas. La muerta, en su delirio, evocó el recuerdo de su madre, y la hermana de la Caridad que se halla á su lado vistiéndola una blanca túnica, se transforma en aquella visión. Aparecen poco después dos hombres que vienen á llevarse el cadáver y se metamorfosean en Jesucristo y en un gnomo, que en admirables versos, de una poesía exquisita, ensalzan á la pobre y desgraciada Hannelle, demasiado pura y demasiado buena para arrastrarse por el lodo de la vida humana. El poema ha terminado, y la impresión producida es hondísima: se han conmovido todas las fibras del alma del espectador en aquella serie de sensaciones que anudan la voz en la garganta y recorren el cuerpo en un escalofrío.

Después de estas tres obras, que vienen á ser como tres ensayos de arte moderno, tres tentativas de Hauptmann para la creación de un teatro propio que, participando de los distintos elementos, filosófico, lírico y social, combinándose en un todo homogéneo y original, constituyese el verdadero teatro de nuestra época moderna, ha creado el célebre maestro alemán tres grandes dramas, en los cuales su personalidad, completamente determinada, adquiere un relieve extraordinario. Son éstos *El colega Crampton*, que conserva todavía la manera ibseniana, pero adoptada á su temperamento, menos cerebral, pero más sentida, con más humanidad en las luchas pasionales, y psicología menos honda y refinada quizás, pero más comprensible y por más vulgar, más humana; *Die versunkene Glock* (La campana hundida) y *Tuhrmann Henschel* (El cochero Henschel), ésta última aparecida hace apenas un mes y no representada aún.

Die versunkene Glock es, sin duda alguna, la obra más genial de Gerardo Hauptmann. Es un cuento fantástico dramático, de atrevido pensamiento, digno del gran filósofo Nietzsche y de poesía pura y exquisita. En el concepto que del drama se tiene en nuestro país, *La campana hundida* no es una obra dramática, es mejor un poema ó un cuento simbólico, en el cual interviene lo sobrehumano como elemento esencial, que personifica ideas, aspiraciones y sentimientos, con la ingenuidad de las fábulas para niños, con las hadas buenas y los genios del mal, y al mismo tiempo con la profundidad de pensamiento de las parábolas más santas y venerandas. Heinrich, el fundidor de campanas, el hombre de elevadas aspiraciones, un alma inquieta por las ansias del ideal más asequible, vive en la aldea con su mujer y sus hijos, triste siempre porque las voces de bronce de sus campanas suenan en sus oídos con acentos de desesperación, llamándole impotente, que no ha sabido crear la voz armoniosa que de lo alto de la montaña conmueve á los habitantes del valle. Heinrich ha fundido por fin su obra maestra, la gran campana que ha de hacerle inmortal; pero la campana se ha hundido en el lago al ser transportada, sumergida por los genios del mal de la montaña, que no han querido se violase su misteriosa morada. Loco de desesperación, el fundidor arrójase detrás de la campana buscando la muerte al lado de aquella obra de sus ensueños; pero es salvado por Wittichen, la bruja del bosque, que le confía á los cuidados de Rautendelen (*Edele Natur*, noble naturaleza), la hija del ideal, que se lleva al pobre artista á lo más elevado y abrupto de la montaña solitaria, lejos de la llanura siempre baja, á la montaña donde forjará la campana ideal

que no ha podido fundir en el valle. Rautendelen enamórase de Heinrich; es el ideal que quiere encarnarse en la realidad, y cuando se halla de nuevo el fundidor en su aldea libertado por la bruja del bosque del círculo mágico que en torno de él trazó para guardarle á su lado la niña enamorada, ésta se llega á él y mostrándole el himno de luz que canta la naturaleza, le lleva consigo, alejándole de los hombres, en busca del ideal de sus ensueños y de sus entusiasmos. En lo alto de la montaña viven los dos amantes; Heinrich se ha construido allí una forja y ayudado por los gnomos quiere elevar un templo al sol, á la luz vivificante y hermosa. Allí es feliz con toda la felicidad ambicionada, y resiste las súplicas y las amenazas del pastor que quiere llevarle de nuevo junto á su familia, junto á sus santos deberes, amenazándole con la condenación eterna. Se cree allí el reformador del mundo; ha de proseguir la obra porque ha nacido, la de construir el gran campanario, el coro de campanas, cuya voz, rugiendo como el trueno, hará enmudecer á todas las demás campanas, proclamando el renacimiento de la luz en el mundo. Pero las aspiraciones de Heinrich vacilan ante sus remordimientos y no puede apagar la voz del pasado que resuena en su corazón recordándole su hogar abandonado. El ideal ya no le detiene y desciende de nuevo á la aldea, donde le maldicen todos, haciéndole huir al bosque. No puede vivir con la realidad, con sus hermanos, ni puede vivir en el ideal, con los adorados seres fantásticos. Sin esperanza, agonizante, llega á la cabaña de Wittichen y allí se le aparece de nuevo Rautendelen, expirando en los brazos de la misteriosa hada, en brazos del ideal, de la noble naturaleza, á quien tanto ha amado, cuando aparece el día espléndido y tañen las campanas conmoviendo á los fieles.

Este es el drama, poema ó símbolo, concepción genial de poeta y de filósofo, incomparablemente hermosa, que conmueve profundamente y eleva el espíritu. En ninguna otra obra es Hauptmann tan personal, tan *grande*, tan genial como en *La campana hundida*, ni en ninguna aparece tan grandiosa ni tan brillante su poesía, dulce y apasionada en unas escenas y profunda y con elevados acentos épicos en otras.

Su última obra, *Tuhrmann Henschel*, es como *Almas solitarias* y como *El colega Crampton*. Un drama de base realista á la manera de Ibsen, no *copiando*, sino creando realidad. Redúcese á la presentación de Henschel el cochero, un alma vulgar, dominada por humanísimos sentimientos que no acierta á determinar con precisión; un alma compleja en la cual anidan ansias de felicidad y remordimientos y supersticiones que acaban por llevarle al suicidio. Henschel ha jurado á su mujer moribunda no casarse con su criada Hanne, pero olvida pronto y rompe su juramento. Después de casado, el despotismo de Hanne aviva en él el remordimiento y acrecienta su amor hacia una hija de su primera mujer, muerta lejos de su padre y de su madrastra, y cuyo recuerdo no puede soportar, atormentado por horribles visiones y por la voz de su conciencia, que le llama perjuró, padre desnaturalizado y esposo maldito.

Estas son, á grandes rasgos y sin análisis casi, las obras de Hauptmann, la producción artística de uno de los primeros maestros de la dramática moderna, desconocido, puede decirse por completo, de nuestro público, demasiado atrasado para comprenderlo y para saborear las bellezas que contiene.

J. M. JORDÁ.

Barcelona, 5 Enero 1899.



CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

Así, pues, por el hecho mismo del trabajo, se desenvuelven en los músculos productos de desasimilación, debidos á la propiedad de hacer perder á las fibras musculares su fuerza contractil. Cuando estos productos no son demasiado abundantes, son rápidamente arrastrados por la sangre que afluye al músculo, y si no se renuevan, las perturbaciones de nutrición ocasionadas por el trabajo se reparan muy pronto. Pero si el trabajo se continúa demasiado tiempo, estos productos se acumulan en el músculo en cantidad excesiva. Pueden entonces perder momentáneamente su contractilidad, y ocasionar además accidentes graves, de que trataremos en el artículo del *Recargo del trabajo*.

Hay, pues, que convenir en que el dolor experimentado por un músculo que ha sufrido contracciones prolongadas, resulta de una serie de pequeñas lesiones, de estirones, roces, de las partes sensibles de la región que ha trabajado; y que la impotencia absoluta que en él se observa es debida á una alteración de la nutrición, á la formación en el seno del tejido muscular, de los productos de desasimilación, cuyo contacto parece que paraliza el elemento contractil.

Hay que decir también que la impotencia del músculo fatigado es causa, por sí misma, indirectamente, de una enfermedad, puesto que ocasiona un esfuerzo penoso á los centros nerviosos.

Los fenómenos que se observan en los laboratorios, electrizando un músculo fatigado, son fiel imitación de lo que pasa en el organismo cuando la voluntad trata de hacer obrar un miembro que se ha hecho impotente por continuidad en el exceso de trabajo. Del mismo modo que un músculo fatigado por descargas sucesivas exige para continuar contrayéndose que se aumente la fuerza de la corriente que lo excita, así en el organismo vivo hace falta un aumento del influjo voluntario para galvanizar un brazo agotado y para obtener movimientos enérgicos. Así, la voluntad manifiesta su esfuerzo por una alteración de la sustancia gris del cerebro, y esta alteración llega á ser dolorosa cuando es excesiva. La fatiga local es, pues, á la vez, un fenómeno muscular y cerebral.

El músculo fatigado está dolorido por los rozamientos que ha sufrido, y paralizado en sus propiedades contráctiles por el contacto de las sustancias químicas resultantes de las combustiones del trabajo. El cerebro siente los efectos de la fatiga por la alteración más violenta que causa en sus células la excitación voluntaria, excitación que debe ser más intensa á medida que el músculo responde más difícilmente.

Durante el ejercicio muscular, la sensación de fatiga está lejos de ser propor-

cionada á las lesiones sufridas por la fibra muscular, y á las modificaciones de nutrición que ha sufrido en el curso del trabajo. Entonces, es el cerebro el que se debilita antes que el músculo. El órgano de la voluntad parece haber perdido una parte de su poder excitador y experimenta exageradamente la sensación de fatiga. El hombre no tiene ya noción exacta de la energía que encierran aún sus músculos. Esto es lo que se observa en los casos en que una emoción deprimente ha llevado á los centros nerviosos su influjo debilitador.

En algunos casos, se observan fenómenos contrarios. Puede conseguirse que una violenta excitación de los centros nerviosos llegue en cierto modo á galvanizar los músculos como lo haría una corriente eléctrica muy fuerte. El ser vivo puede entonces hacer salir de ellos toda fuerza contractil que contienen y llevar el trabajo hasta el agotamiento completo de la fibra, hasta la fatiga *absoluta*. Así ocurre cuando un peligro inminente obliga al hombre ó al animal á continuar el esfuerzo muscular, con menosprecio del dolor que ocasiona. Un animal perseguido en la caza huye hasta que sus patas no pueden ya sostenerle; cuando se para *forzado*, sus músculos están *fatigados* en el sentido fisiológico de la palabra, y los excitantes más violentos no podrían provocar en ellos contracciones. Pero el trabajo que se ha necesitado para llegar á la impotencia completa del músculo ha producido al mismo tiempo lesiones tan profundas del órgano y perturbaciones tan graves en el estado general, que el animal no sobrevive casi nunca á su fatiga.

Se ve, por los ejemplos citados más arriba, la diferencia esencial que existe entre la fatiga *subjetiva*, que está caracterizada por una sensación, y la *objetiva*, que consiste en un estado particular del músculo.

La fatiga objetiva, ó fatiga absoluta, es debida á una alteración profunda en la composición química de los músculos, alteración que hace perder á estos órganos la facultad de cumplir su función habitual.

La fatiga subjetiva es esencialmente relativa y variable, como todas las impresiones sensitivas. Consiste en un malestar, que se produce á causa de un ligero dolor del músculo, y de una modificación muy superficial de su estructura.

En los hechos habituales del ejercicio muscular, la fatiga no es jamás absoluta, y son rarísimos los casos en que el hombre llega á agotar realmente toda la fuerza contractil de sus músculos. La sensación de fatiga nos impide tener noción exacta de la energía contenida todavía en la fibra muscular, y nos inclina al descanso, mucho antes de haber gastado toda la fuerza del órgano motor. Así, la sensación del hambre nos advierte que el cuerpo necesita alimento, y esta advertencia nos llega mucho antes de que el organismo esté debilitado por falta de alimentación.

Puede decirse que la sensación de fatiga da por resultado ponernos en guardia contra un peligro. Lo habría, en efecto, en llevar el trabajo hasta el agotamiento completo del músculo, hasta el momento en que ya no puede entrar en contracción, porque entonces habría ya sufrido el órgano perturbaciones profundas de su nutrición, capaces de poner en peligro el organismo entero, como sucede en el animal forzado.

Esa sensación es, pues, en los actos ordinarios de la vida, una especie de regulador, que nos advierte cuándo traspasamos el límite del ejercicio útil y el trabajo comienza á ser peligroso.

DR. FERNANDO LAGRANGE.
(Traducción de Ricardo Rubio.)

ENSAYO SOBRE LA PERVERSIDAD

(Conclusión)

Pueden no carecer de belleza, porque el mal como el bien, es un elemento del arte. No enumeraré los múltiples aspectos de la perversidad material, de la que conocen solo los que deshonran á la sociedad. Me limitaré á indicar, como la opinión general, esta doble orientación de un principio que se considera habitualmente como perjudicial. Quisiera también hacer presentir que el vicio, aún el más aparente, obedece á inspiraciones mentales por todo extremo difíciles de definir: La cleptomanía (manía del robo) de los ricos, la confesión contra su propio interés: he ahí dos casos frecuentes de perversidad. Cada cual se ha sentido inclinado á confesar sin motivo una acción mala y la dificultad de callarse en momentos extraordinarios. Sabido es que mujeres ricas roban en los almacenes objetos de valor casi nulo y que no los desean. La perversidad del robo se despoja de todo interés en cuanto al robo mismo, viene á ser abstracta y aún, como en el caso anterior, su declaración no procede del remordimiento. Aun con todos los recursos de la lógica humana no podemos atribuir ningún motivo á semejantes impulsos: ninguna razón de la vida usual es válida, tenemos la sensación del absurdo. Y sin embargo, la generalidad de estos seres conforma con nosotros. He conocido á una mujer que restituía lo que había robado el día anterior y, merced á su posición desahogada, había convenido con los almacenes que frecuentaba que no la denunciáran: hablaba de su cleptomanía con un raciocinio experto y, á pesar de ser muy inteligente, estaba habituada á ella. Discretamente la acompañaba un inspector, no para comprobar sus robos, sino para evitar que cualquiera, al verla robar, la armase un escándalo. Jamás he podido conseguir que explicase satisfactoriamente lo que sentía en tales momentos. Callaba sus razones, sin hallarse en estado hipnótico. ¿A qué impulso desconocido del éter corresponden semejantes inclinaciones? La tranquilidad de esta mujer, *impulsada* al robo y acostumbrada á esta intervención periódica del misterio de su existencia, implicaba algo más terrible que el crimen. Neurosis, dicen los médicos miopes. La palabra no explica, no significa nada....

Especialmente las mujeres representan un gran papel en las combinaciones infinitas de la perversidad. La demonología las menciona siempre. Se diría que la fecundidad latente de su cuerpo abre en ellas camino fácil para las invasiones de lo incognoscible. Y la posesión demoníaca, el maleficio, los rituales de la magia negra han sido, durante largos períodos, la herencia casi absoluta de las mujeres. A través de las edades arrastran un inmenso y siniestro cortejo de recuerdos, bacantes, sacerdotisas eleusinas, magas de los harenes de Asia, sirias expertas en tóxicos, locas de la Edad Media, de la antigua Circe y de la cruel Medea hasta la pequeña Brinvilliers. Particularmente—y será la última observación que haré sobre este punto—la afección llamada *necrofilia* parece, en Oriente al menos, dote de las mujeres. Es digno de notar que en las *Mil y una noches*, libro que se reserva aquí para los niños como en otras partes el *Robinson* de Daniel de Foe y que como este es una de las obras maestras de la literatura, son frecuentes las historias de los cadáveres desenterrados y comidos y tienen *siempre* como heroínas

criminales jóvenes hermosas y recientemente casadas. La magia clásica de Europa no muestra jamás aquí la burla de su envejecida y desdentada faz: son mujeres sanas, tentadoras y enamoradas las que afrontan tal horror y á él se consagran. Sus preciosas bocas comen uno á uno algunos granos de arroz cogidos del extremo de una espátula de marfil; el marido se extraña, evita beber una noche el narcótico que le preparaba la esposa, la sigue y la descubre en un cementerio, charlando con amigas y devorando la carne de los muertos. Parece que una atracción fúnebre de la podredumbre inerte solicita la vida y su actividad. Y en este punto se acaban todos los razonamientos de la lógica.

La necrofilia es una de las perversidades más enigmáticas y más inspiradas por lo infinito. ¿Es una forma del misticismo extraviado, que se considera prisionero de la carne viva y que espera que, á través de la carne muerta, hallará camino más fácil?

Existen en nuestra alma innumerables laberintos, complejidades infinitas. Ninguno de nuestros sentimientos es aislado; todos reobran los unos sobre los otros, los vicios y las virtudes se influyen y producen combinaciones inexplicables. La perversidad es el agente de tales combinaciones. Es un disolvente de poder ilimitado, es el disolvente por excelencia. Sus químicas son delicadas. Los refinamientos del alma en sus crisoles y retortas excederán siempre á las manipulaciones más raras que puedan inventar los hombres. El territorio que se extiende por nuestro fondo interior es admirable, inmenso, terrible. Como dice Poe, «no consiente ser leído». Todo lo que podemos hacer es inclinarnos por encima de él. Vemos brillar lucecitas sobrenaturales, débiles como los focos de claridad que se descubren en el fondo de los pozos de las minas y que son lo que queda del cielo.

Sobre tales brillos la perversidad se agita fosforescente como un fuego fatuo. La fe de los ingenuos ve allí un demonio; podremos descubrir un ángel. Si he conseguido hacer entrever, en los comentarios que preceden, que la perversidad puede ser un fermento de belleza lo mismo que un germen de degeneración, creeré que he rehabilitado suficientemente su nombre maldito. Es el *principio incomprensible*. Y todo en la vida es incomprensible. No existe ni bien ni mal, ni nada preciso, distinto, categórico; todo está constituido por combinaciones que confunden á nuestra razón; nuestras clasificaciones no se corresponden con el orden natural. El enigmático pensamiento de Tertuliano, «El Hijo de Dios ha muerto, es creíble porque es absurdo, y ha resucitado, es cierto porque es imposible», este pensamiento, que ha desconcertado tanto á los teólogos, no es quizá aplicado á los fenómenos del alma, sino la declaración elocuente de un hombre que habia pensado demasiado para ignorar la nada de nuestra lógica. Así no resulta inútil reconocer que la perversidad, inclasificable, es la reina de todas nuestras facultades. En la química, que elabora nuestros pensamientos, es tal vez —extremo al cual yo pretendía llegar— el *cuerpo simple*.

CAMILLE MAUCLAIR.

Traducción de U. GONZÁLEZ SERRANO.

(Nouvelle Revue.)

Cuentos de Amor

VIII

Don Ramón había perdido la juventud trabajando como un condenado para poder ser rico y vengarse de la mujer que lo desdeñó por su pobreza. Despechado marchó á América; allí hizo mil perrerías y cuando pudo contar los pesos necesarios para decir á la ingrata: «Aquí me tienes; me despreciaste por pobre y ahora soy más rico que tú», halló el corazón indiferente á tales aspavientos amorosos y se dió cuenta de que, á medida que arrinconaba monedas, perdía ilusiones y las ganas de ofender á la que había sido el objeto de sus pesares.

Del Nuevo Mundo regresó D. Ramón á los cincuenta. Por las calles de la ciudad había encontrado á su antigua amante, á quien miró sin odio y saludó como si tal cosa. Lo que es deseos de tener familia, los sentía; amor, no. Algo hubiera dado á cambio de un par de hijos; la necesidad de mujer amada había perdido el imperio que un día tuvo en su sér. Ni se daba cuenta de que las ilusiones y los años perdidos detrás de la riqueza, valían mucho más que el tesoro alcanzado. Los que un día habían sido sus compañeros de aventuras tenían hijos con unas barbas así de largas, y á la propia mujer, causa de las que en América había corrido D. Ramón, le llamaban madre unos retoños de mucho más peso que nuestro americano.

A tomar el sol por las mañanas y á jugar al tresillo por las tardes acompañaba á D. Ramón un antiguo amigo, padre de una muchacha, casi niña, que hacía pocos meses había salido del convento, donde se educaba por encargo de de una tía rica y beata, que hubiera querido hacer de Filomena una priora de historia milagrosa. A la niña no le atraía la vida de monja, y tanto suplicó y amenazó que al fin salió del claustro. La madre de Filomena procuraba saber la causa de tal empeño, pero ésta sólo respondía que el convento por dentro perdía mucho de su santidad.

A D. Ramón le pareció de perlas la muchacha y la pidió por esposa, después de hacerse por muchos días el siguiente raciocinio: «Acaba de salir del convento, probable es que no haya tenido amores. Con mi dinero y viviendo en el campo difícil es que los tenga en adelante. Por otra parte, cuando sea madre no pensará más que en sus hijos y..... nada, es cosa hecha.»

Filomena dijo que sí, por eso mismo; porque en su corazón no había penetrado querer alguno, y el cariño que sentía por el bueno de D. Ramón bien podía ser lo que había oído llamar amor.

Pocas semanas antes del casamiento, Filomena, sus padres y la tía beata, acompañados de D. Ramón, visitaron la finca, futura estancia de los novios. El dueño habló de sus gallinas, de sus cabras, de sus vacas; quería mejorar la cría. ¡Lo que iba á divertirse Filomena dando de comer á los palomos! Así lo estimaba también la interesada, la cual empezó ya su cometido de señora dando de comer á los animales hasta reventar. A D. Ramón le hizo mucha gracia la manera pródiga con que Filomena principiaba sus quehaceres de dueña.

Se casaron; los novios hicieron una visita á la capital y á una ermita cercana.

El viaje de bodas duró ocho días. D. Ramón se aburría; pensaba en su hacienda, en el ganado, en los jornaleros que no trabajan sin la presencia del amo. Filomena asentía á todo. Como disfrutar no disfrutó mucho; pero ¿se divertían más los otros novios? Apenóse, sin embargo, cierto día porque oyó decir al camarero de la fonda: «Vamos que el viejo no tiene perdón de Dios por haberse casado con esta criatura. ¡Pobrecita!» ¿Qué significaban aquellas palabras? ¿Por qué se le tenía lástima? Horas estuvo pensando en ello.

Volvió la calma, ya que no la alegría, y por fin Filomena mandaba como reina y señora en casa de D. Ramón. No se atrevía á tirarle chinitas como hubiera deseado; pero, en cambio, le pedía permiso para realizar la más insignificante tontería.

—Pero, hija, haz lo que se te antoje; no tienes por qué pedir permiso.

Así lo comprendía Filomena; pero como D. Ramón era tan serio, jamás jugaba con ella, ni le traía flores, ni le decía loquilla, ni la besaba en la boca, ni subía á lo más alto de los árboles para cogerle frutos, no había podido tratarle con la confianza que trataba á Tomás, un mozo de labranza muy simpático, que le traía el primero que sazónaba en la propiedad. No sabía por qué; el hecho era que Filomena estaba mejor al lado del mozo que al de D. Ramón. Por encargo de Filomena, Tomás colgaba los racimos y las granadas y los melones, é iban los dos por la viña á coger melocotones y moscatel para postres.

—Cuidado, Tomás, no vayas á caerte.

—¡Ca! No, señora; estoy acostumbrado.

—¡Ay, qué susto si cayeras!

Estas excursiones se repetían amenudo. Un día las mejillas de Filomena se hallaron muy cerca de los labios de Tomás. Si éste hubiese de contarnos lo que pasó por su mente, no sabría cómo llenar su cometido. Sintió un fuerte deseo de besar; se le nublaron los ojos, y... ¡Estaba tan hermosa Filomena, con su cabellera extendida, su cara sonrosada, sus ojos juguetones!... Al principio tuvo miedo, pero al ver que Filomena, si bien no reía, tampoco estaba incomodada, casi se serenó del todo. Después regresaron á la masía sin pronunciar palabra, y Tomás pudo observar que el beso no se había echado á mala parte.

Don Ramón notó las preferencias de su joven esposa por Tomás, y aprovechó la primera ocasión para despedirle. Sin Tomás, á Filomena la masía se le caía encima. Se fastidiaba, los días le parecían años, la vida resultaba en extremo monótona. D. Ramón extremaba la vigilancia; se había vuelto huraño, desconfiado, taciturno. Hablaba como un juez, y, perdida la esperanza de ser padre, llegó á la descortesía. Filomena había mostrado deseos de que Tomás volviera de jornalero á la casa, aunque sin lograrlo. Lo intentó el mayordomo ponderando las excelentes condiciones del muchacho, y á punto estuvo de ser despedido también.

Tomás, por menos jornal, se prestaba á labrar las tierras lindantes con la heredad de D. Ramón. Por este medio pudo hablar más de una vez con Filomena. Los compañeros de trabajo encubrían y facilitaban aquellas relaciones que, como todas y á pesar de los obstáculos y quizá por ellos, llegaron á adquirir la fuerza y el apogeo de un amor extraordinario. Repetidas veces D. Ramón sometía á Filomena á un interrogatorio indecoroso. Llegó el hastío, la tristeza, el fingimiento. La vida se hacía insoportable para los amantes, y ellos tan jóvenes y tan buenos,

pensaron en el crimen. D. Ramón, que sólo velaba por su honor tal como la sociedad se lo había dado á entender, llegó á ser aborrecido. Aquellos jóvenes que únicamente deseaban estar solos para jugar y besarse, odiaron á todo el mundo.

Felizmente la idea del crimen no prosperó, pero tampoco dieron con un recurso que armonizara su situación con el cariño que se profesaban. Así pasaron meses y años; separados, pensando en la manera de juntarse; unidos, discurriendo medios para estarlo eternamente. Nadie era allí feliz. La idea de que su honor peligraba y de que su esposa le era infiel, hacía de D. Ramón un ser desgraciado. Y los obstáculos irracionales y absurdos que encontraba el amor de los jóvenes, quitaba todo encanto á sus entrevistas. Deseaba D. Ramón la muerte de su esposa; así se vería libre de peligros y dejaría de ser objeto de la crítica; y la muerte del viejo deseaban los amantes; así podrían dar rienda suelta á sus quereres y verse libres para siempre. Y, he aquí como, por un accidente puramente social, menos aun, por una idea abstracta, se odiaban tres seres que ningún daño se habían hecho.

De esta manera se apoderan de los hombres las ideas más indignas, mezquinas y funestas, que después los hace intratables y los conduce al crimen.

Murió D. Ramón; pero murió cuando Filomena y Tomás peinaban canas, cuando habían perdido las ilusiones, cuando el beso para ellos carecía de encantos. Recordaban su amor con la pasividad y la amargura con que se recuerdan los actos de tiempos mejores. Sobraban años; faltaba juventud. ¡Ay! ésta es como el agua; nunca pasa dos veces por un mismo sitio. Antes, hubieran estado besándose siempre; después se contentaban con mirarse.

Y repara lector cuanto goce se ha perdido. Lo perdió D. Ramón tras la riqueza. No sabemos si fué ó no feliz la mujer que lo desdeñó por pobre, pero sabemos que los pesos de D. Ramón, adquiridos á tanta costa, hicieron desgraciados á dos jóvenes que, pobres y abandonados á su suerte, hubieran disfrutado de la riqueza mejor, de aquella que nace de la compenetración de dos almas y de dos cuerpos.

Perdieron la juventud buscando una dicha que alcanzaron cuando les fué indiferente, y el instrumento social de esta desgracia, fué rico por el amor cuando el amor había desaparecido.

El que se propone vencer á la naturaleza por medios sociales, casi siempre se ve vencido. El dinero no inspira amor, ni quita años, ni pone ilusiones, y en amores son los cuerpos los reyes, no los caudales. Cuando se ponen en la balanza de los cariños, es para sembrar desdichas.

FEDERICO URALES.

Lectores: La victoria sigue á la fuerza; fuerza física, fuerza moral, fuerza intelectual. Si queréis que vuestras ideas imperen, procuraros fortaleza, saber, salud, y ofrecer después esta fuerza al ideal.

Lectores: Si queréis amar vuestra existencia y la de vuestros semejantes; si queréis tener ideales y amores é hijos fuertes y sanos, huid del aire enrarecido, poneos en contacto con los agentes naturales en cualquier época del año.

Lectores: Si no queréis caer en el misticismo embrutecedor, que desdeña la vida, que busca el martirio y reniega de los goces, cuidad vuestro cuerpo con esmero.

Lectores: Si queréis ser enérgicos, buenos é inteligentes, no probéis bebidas alcohólicas.



SECCION LIBRE

SANSÓN

Recapitulemos, *Juan*, variando de estilo.

Estás solo, como ya te he dicho; completamente solo.

Tu padre murió en presidio por no resignarse á acabar asfixiado por los humos de las calcinaciones en Ríotinto.

Tu madre, atropellada por un coche en el mismo montón de basura de donde extraía trapos, papeles arrugados y huesos roídos por los perros.

Tu mujer, por empeñarse en criar un chico ajeno sin alimentarse apenas.

El mayor de tus hijos, de resultas del vómito en Cuba, adonde fué de soldado.

El de en medio, por haberse caído del andamio en que trabajaba de albañil.

El pequeño, por haber ensayado en él los doctores del hospital un medicamento cuya composición ignoraban.

De tus hijas, la mayor concibió de un hombre que daba y quitaba patentes de moralidad y murió por falta de asistencia en el parto.

La segunda, está en un convento de hermanas de la Caridad, lo que equivale á la muerte civil.

Y la última, en una casa de prostitución, que significa muerte moral.

Aniquilada la mayoría de tu familia y dispersado el resto, ¿qué piensas hacer?

Semejante al pez preso en el trasmallo, que cuanto más se mueve más se enreda, te será difícil dirigir tus pasos á parte alguna sin tropezar con un muro muy alto ó una sima muy profunda que te impedirán avanzar.

La religión, que se dice tu defensora, remacha cuantas cadenas te ponen, si no es ya que toma la iniciativa; la ley, que aparece dictada en tu provecho, se aplica siempre en contra tuya; el orden, base del bienestar, es para tí sinónimo de enervamiento y postración; la justicia, garantía de la honradez, te estrella cada vez que tropiezas contigo.

Si tienes hambre y pides limosna, te detienen; si hurtas para comer, te prenden; si suplicas, se burlan de tí; si amenazas, te ametrallan; si hieres, te fusilan. Y todos te explotan y te roban; y, á pesar de que tienes muy poco, los impuestos más onerosos pesan sobre tí, y pagas más que los ricos, porque pagas en sudor, sangre y lágrimas, líquidos que, al derramarse en demasía, arrastran en su corriente la existencia.

Te imponen todos los deberes, y aun cuando te conceden algunos derechos, no puedes ejercitarlos unas veces, y otras no te lo permiten; te conceden todas las libertades, pero sólo dejan á tu alcance las del suicidio ó la rebelión, ambas en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, y te dicen ¡anda!, después de aherrrojarte.

Pides pan para tu cuerpo, y no te lo dan; buscas alimento para tu inteligencia, y no lo hallas; llamas á las puertas de la equidad, y no te abren; y ni siquiera tu corazón encuentra cariño en tu hogar, porque la miseria separa más que la muerte.

Tus tristezas igualan á tus angustias, al ver que tus dolores no son siquiera compadecidos, ni tus necesidades atendidas más que con la limosna clásica, si acaso, ó con la filantropía de reglamento, heladas, crueles, como todas las virtudes mecánicas; y más aun que por esto, al convencerte de que eres el huérfano eterno de la ley.

Y te subleva el ver que haya palacios donde no repercutan tus ayes; y templos religiosos que permanezcan mudos ante tus quejas; y templos de justicia donde la iniquidad encuentre amparo; é instituciones que se atraviesan en tu camino, y preocupaciones que te detienen, y costumbres que te atan, y todo un pasado que te abruma.

Miras á tu alrededor y no encuentras un eslabón siquiera que poder enlazar á la cadena de tus recuerdos de familia. Entre tu nacimiento y tu vejez hay cien hogares abandonados por la dura ley de la necesidad; los rincones de las alegrías y de las penas compartidas han sido profanados por penas y alegrías extrañas; el postrer vestido de tu padre y el primer gorro de tu hijo se han empeñado para dar una taza de caldo á tu mujer enferma. Ni aun te queda el consuelo de arrodillarte alguna vez ante la tumba de los seres queridos: revueltos con los demás en la fosa común, no te es posible empapar en lágrimas ni un puñado de la tierra que tapa sus restos...

Mas ¿qué veo? ¿Lloras, Juan?... ¡No, por Cristo! Enjuga esas lágrimas, no vayan á verlas, y te juzguen cobarde mujerzuela, en vez de hombre viril. No desmientas nunca el valor que demostraste siempre en tus luchas con la miseria, la injusticia y el aislamiento, y que te impidió caer muy abajo.

En vez de llorar, indignate; de encorvarte, incorpórate; de doblar las rodillas, levanta los brazos. Nada de timidez en la mirada ni de embarazo en el ademán; sé Espartaco, no Job.

Con tal de que no te resignes, todo lo alcanzarás, en plazo más ó menos corto; y para esto lo primero que necesitas es no dudar de tí. Un solo peligro hay: que tomes por argumentos irrefutables los enervadores sofismas de la miseria.

Es ésta una amante horrible que acaricia con mano descarnada, mira con ojos sañudos, besa con boca fría y abraza con rigideces de esqueleto, helando el corazón; así, Juan, ten cuenta con ella; y ya que no puedes apartarla de tí, no le permitas que te aconseje, pues no parece sino que los poderosos de la tierra le han encargado amenguar tus energías y apagar tus bríos.

No olvides, sin embargo, que si la miseria es todo eso, también se asemeja al crisol en lo de purificar; y que el hombre que después de haberla conocido se aparta de ella sin abdicaciones vergonzosas, queda más honrado y más puro que antes de tratarla.

Eso sí, mucho te queda que sufrir todavía; las injusticias y los crímenes socia-

les que han prescrito y que pretenden tomar carta de naturaleza entre los derechos y las virtudes, han de oponer ruda resistencia á la realización de tus justos deseos; mas no desmayes y sigue avanzando, que tú llegarás.

No te faltarán redentores, generosos los unos é interesados los otros; óyelos á todos y aprende de todos; mas no esperes nada sino de tí mismo, de tu voluntad, de tu iniciativa. Si te ofrecen paliativos, acéptalos como nuevas armas de combate.

Y hasta que llegue el día en que la justicia prevalezca, consuélote la idea de que tu miseria engendra la peste, que á lo mejor hiere á otras clases; el aire que sale de tu boardilla impregnado de miasmas mortíferos, sorprende en su tecador á la hija del poderoso, y á los tres días coloca una palma en sus manos yertas; tus hembras se prostituyen y arrastran á la deshonra á los hijos de los que viven de tu trabajo, introduciendo la perturbación en sus familias, arruinándolos y envenenando su sangre; y en los génesis revolucionarios, los harapos de tus hijos y sus caras sombreadas por el odio hielan la sangre en las venas de los que te despreciaron, y quedan así vengadas generaciones enteras.

Entre tanto, y para que el cambio te encuentre en condiciones de poder aprovecharlo, estudia, aprende, melita, indaga, dentro del círculo en que hoy te agitas; que así como el formado alrededor de la piedra que rompe la serena superficie de la laguna, es pequeño y va luego ensanchándose, el tuyo se hará mayor cada vez y alcanzarás tanto más cuanto más sepas y sientas.

Y al par de esto, ama, para que tu corazón se incline al bien; y odia, para que no te abandone la energía; al equilibrio de estas dos pasiones se debe el progreso humano.

Y el día que estés bien penetrado de lo que se te debe en justicia, pídelo en la forma usual, y si no te lo conceden, demándalo de manera que nadie dude que estás resuelto á obtenerlo, y si tampoco consigues nada, Sansón, á quien superas en fuerza, te enseñará lo que debes hacer; con la ventaja para tí de que no perecerás bajo las ruínas del templo, porque representas el Trabajo, y éste se salva en todos los cataclismos sociales.

JOSÉ NAKENS.

RECUERDOS DE ANTAÑO

Entre los recuerdos indelebles que conservo del extranjero—y doy á la palabra *extranjero* el lato sentido que le da la Academia de la Lengua,—á los que concedo muchísimo interés, son los de mi estancia en Londres.

Cuidado que no fui allá movida por el afán de sacudir el *spleen*, como hacen los turistas ingleses que vienen á visitar las ruínas de lo que fuimos cuando no se ponía el sol en los Estados españoles; fui... porque fui, y al lector, por muy curioso que sea, no ha de importarle saber lo que hacía en la rica y populosa ciudad del Támesis.

No tengo necesidad de consultar nota alguna de viaje para recordar lo que vi, lo que observé y lo que deduje de la *flema* de los britanos y de las costumbres inglesas. Han pasado algunos meses, bastantes, y como si mi cerebro fuese un

fonógrafo, repetiría sin faltar la más mínima nota, ni discordar de una sílaba, lo que mis ojos vieron y mis oídos escucharon. Y es, que las cosas de los hijos de la rubia Albión se estereotipan donde caen.

Una de las costumbres más genuinamente inglesas es el beso. Los hombres y las mujeres se besan con una prodigalidad que pasma á una española que, si concede un beso, ó dos, ó mil, les da tanto valor, que se recata al darlos, prefiriendo las sombras y el misterio á la claridad y compañía. ¿Qué en lo nuestro demostramos hipocresía? Puede, pero es así.

Yo soy muy española en mis cosas, y con esta observación podrá el lector apreciar de la manera que debía tomar la costumbre del beso inglés.

Llegué allá; se me aguardaba, y ¡cuá! sería mi sorpresa cuando el dueño de la casa, con todo el entusiasmo de la bienvenida, me coge la cabeza y da los más retumbantes besos que habránse oído quizá! Ignorante de esa costumbre inglesa, quedé aturdida primero, adusta después; teniendo que explicar á ambos los que nos acompañaban, á mí, que era uso corriente; á él, que en España los caballeros no besaban á las señoras si éstas no querían. Por lo que pude parodiar lo del portugués del cuento, que decía que las costumbres españolas le reventaban. Menos mal, si aquel buen señor hubiera sido de mi gusto, que no lo era.

El beso en España, concedido por un hombre á una mujer y viceversa, representa amor, y es algo voluptuoso que atrae y fascina, algo inexplicable que se reserva para la persona elegida; allá, en aquellos países de cielo gris y neblina continua, el beso es... muy poca cosa, una simple costumbre.

Y, sin embargo, durante mi estancia en Londres pude cerciorarme de que también los ingleses sienten celos, aunque parezca inverosímil, dado su carácter y sus costumbres.

Sobre la menuda hierba que alfombra los inmensos y grandiosos parques, venen hombres y mujeres sentados, tendidos á la bartola, jugando, besándose, riendo, divirtiéndose, en fin. Sería de mal gusto y ser *materialista* (los ingleses son muy espiritualistas, por algo tienen tanto arraigo en la raza anglo-sajona las escuelas teósofas y místicas) el tomar todo aquello como manifestación de sentimiento algo más vivo que el de la costumbre.

Bernardino de Saint-Pierre, al confeccionar su novela del género más puro, concepción originalísima, égloga conmovedora y sublime elegía, denominada *Pablo y Virginia*, debía inspirarse en las costumbres inglesas, y ellos á buen seguro que no se desdeñarían de parecerse (aunque son muy refractarios á todo lo que procede del continente) á esos dos encantadores y sublimes héroes de la novela francesa.

Todo es extraordinario en Londres. Pero lo que lo es más, formando un contraste que aterra, es que el Londres de Whitechapel, con sus tabernas de ladrones y refugiados del Ejército de Salvación, esto es, la ciudad de los pobres, la ciudad de la miseria, no tiene comparación con la ciudad que encierra Grosvenor-House y Devonshire-House, moradas de duques cuyas riquezas se cuentan por cientos de libras esterlinas de renta anual.

El problema de la miseria es allí un problema espantosamente pavoroso, á pesar de los muchísimos comités de socorros que existen; pero por sabido lo tenemos que no es la caridad el mejor remedio para extirpar la pobreza.

Una de las curiosidades más notables que se presentan al observador, es la

tolerancia y completa libertad de propaganda en aquel país eminentemente liberal. Todas las filosofías son objeto de discusión al aire libre, y con discursos y cánticos, ademanes de iluminado unas veces, de chiflado otras, ofrecen un espectáculo digno de estudio. Pero lo que sobre manera llama la atención son los *salutistas*, un ejército de desarrapados, con sus vestidos chillones, una así como mescolanza de disfraces carnavalescos, y con sus tambores y cornetines, que hacen un infernal estruendo, rompiendo el sepulcral silencio que impera en la ciudad. Vienen de los parques, donde han recogido oyentes y se van á sus templos á acabar la fiesta.

La fiesta de los locos, con el nombramiento de su papa, que nos describe Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*, debía asemejarse sobre manera á la de estos locos ingleses.

¡Qué cosas tienen los ingleses!

SOLEDAD GUSTAVO.

El proceso de Montjuich

Con motivo de una visita que los señores Salmerón, Azcárate y Fernando González hicieron al Presidente del Consejo de Ministros para interesarle en el indulto de los inocentes condenados por el horrendo crimen de Cambios Nuevos, de Barcelona, la prensa ha hablado de la situación de los presos y de los trabajos que en su favor están haciendo elementos generosos é interesados en la libertad de aquellos desgraciados. Complácenos en extremo poder manifestar que los periódicos, al tratar del asunto, lo han hecho en sentido favorable á los presos y esperamos que cuando se discuta en el Congreso el proyecto de ley que autorice la revisión de aquella desgraciada causa, proyecto que el Gobierno apoyará según manifestación del Presidente del Consejo y del Ministro de Gracia y Justicia, y cuando se publiquen las pruebas de la inocencia de los presos, esperamos, decimos, que los ecos de la opinión prestarán al proceso de Montjuich el interés que reclama la inocencia atropellada y la humanidad escarnecida.

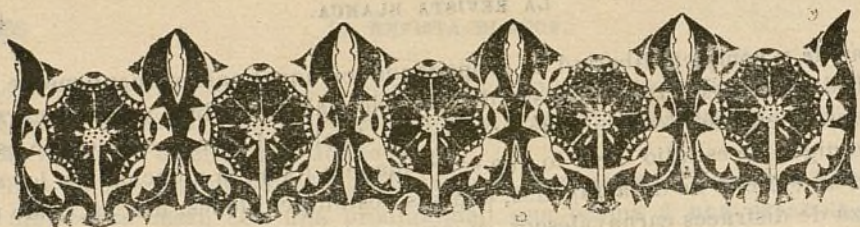
A la conciencia de todos los españoles está que en Montjuich se faltó á la civilización, á las leyes y á España.

En interés de todos debemos procurar que los condenados injustamente vuelvan al seno de sus familias. Si la prensa fuese parte á solución tan grata para España y para la justicia, contribuiría á que esta nación alcanzara el respeto que perdiera en manos de gente infeliz.

España, para Europa, no será una nación civilizada mientras lleve la horrible mancha que le infirieran en la fortaleza catalana y muchos españoles creerán haber cumplido con su deber cuando los penales del reino no cobijan obreros condenados por el crimen de Cambios Nuevos.

N. S.

La Comisión encargada de publicar en hoja suelta las pruebas de la inocencia de los que fueron condenados como autores y cómplices del crimen de Cambios Nuevos, de Barcelona, nos encarga supliquemos á las entidades é individuos interesados en que aquellos desgraciados obreros encuentren al fin justicia, activen los trabajos que hayan acordado llevar á cabo y hagan lo más pronto posible el pedido de dichas hojas, ya que, á lo que parece, se restablecerán pronto las garantías constitucionales, y, por consiguiente, pronto también deben ser publicadas las anunciadas pruebas. Por nuestra parte, recomendamos á todos nuestros amigos y á las personas de buena voluntad, presten apoyo á la iniciativa de esta Comisión, convencidos de que lo prestarán á la inocencia y á la justicia. Que no quede aldea sin conocer lo que se hará público con motivo del indicado proceso.



TRIBUNA DEL OBRERO

EL HAMBRE

Sus manifestaciones se repiten diariamente en la capital y en la aldea. A diario multitud de trabajadores con sus rostros pálidos y sus cuerpos anémicos, ponen de manifiesto las injusticias y los crímenes de la actual sociedad. El proletariado, al morir el más grande de los siglos, continúa siendo la bestia de carga, el eterno esclavo y, como en tiempo de la antigua Roma, los acaparadores de la riqueza pública se revuelven por el vicio y se encenagan en el lodo de las concupiscencias. Felizmente los obreros no confían á clases extrañas su regeneración y tomándola por cuenta propia, se aprestan, no á constituir un poder de clase para esclavizar y dominar á las otras, sino á establecer una sociedad igualataria que termine con los privilegios y las injusticias, así residan en la nobleza como en el llamado cuarto estado. Igualdad, fraternidad y libertad para todos, no la que se escribe en las leyes, sino la que nace de no haber amos ni esclavos, directores ni dirigidos, explotados ni explotadores. Así se acaba el hambre y la esclavitud; la tiranía social y política.

P. Z.

San Fernando.

Á LOS TRABAJADORES

Aunque mi debil pluma no sea la más autorizada para tratar los problemas sociólogo-políticos que agitan á hombres y pueblos en estos tiempos que unos llaman de civilización y otros, con más lógica, de barbarie, la trato por si puede servir para despertar á mis compañeros del letargo en que están sumidos, ya que esta Revista pone sus columnas á disposición de los obreros para que desarrollen sus aptitudes intelectuales. Toda la prensa de Madrid, en general y en particular *El Liberal*, están agotando su repertorio de adulaciones para que el pueblo caiga en el lazo que le tienden los políticos de oficio elogiando á unos y otros; generales y hombres civiles; y estos libertadores del pueblo publican manifiestos, hacen declaraciones de sus credos políticos para captarse las simpatías de los obreros ponderando los sistemas de regeneración que ofrecen á la desgraciada España.

Desde el reaccionario partido integrista hasta el llamado obrero, aspiran á que nosotros, los desheredados de todos los derechos (incluso el de la vida) les ayudemos á encumbrarse en el poder para desde él gozar de la prebenda que ofrece.

Estudiad obreros todos los sistemas de gobierno y vereis que todos sostienen los mismos vicios, defectos é injusticias. Analizad programas y deduciréis que en ninguno se trata de beneficiar á los trabajadores, y por poca perspicacia que tengáis comprenderéis lo que son todos esos que mangonean la política. En tiempo de elecciones se da importancia á la misión regeneradora del obrero, entonces se halaga al pobre, se le saluda afectuosamente y se le tutea; después se olvidan del miserable y si hablan de él es para tratarle mal.

Nos arrojan á la calle cuando no podemos pagar la mensualidad del miserable tugurio en que habitamos, y todo el mundo se vuelve en contra nuestra: el magistrado, que pasa sus ratos de ocio en la Audiencia imponiendo sentencias á los desgraciados trabajadores que se sientan en el banquillo de los acusados; el industrial, que se enriquece explotando á débiles mujeres é inocentes niños; el comerciante, que adultera los productos alimenticios en detrimento de nuestra salud, etc.

Desecha obrero de tu cerebro todas esas ideas políticas que reclaman para tu emancipación el encumbramiento de un individuo sobre otro. Si amas á los tuyos, secunda siempre los miles de hijos del pueblo que han muerto en lucha fratricida, mientras los hijos de los políticos gritaban: ¡guerra á los Norteamericanos! porque sabían que no empuñarían el fusil ni irían á sufrir el mortífero clima de la manigua cubana. Si queréis que vuestros hijos rompan las cadenas de la esclavitud y sean libres en el porvenir, estudiad la cuestión social y educadlos en el amor á sus semejantes; si seguís defendiendo el régimen que defienden todos los políticos, forjáis vuestras cadenas y las de las generaciones venideras.

José TRIVIÑO.

Valencia.

REGENERACIÓN

Cuando la patria está muerta, todo el mundo habla de regeneración.

He aquí el problema. ¿Cómo resolverlo?

Yo, particularmente, me adhiero á lo que dijo el Sr. Pi y Margall: el único medio de regeneración es la instrucción y el trabajo.

¡La instrucción! Bien la necesita este país moribundo, donde existen millares de millares de humanos que ni leer saben.

¡La instrucción! Palabra que va de oído á oído, como eco de algún ser superior á los hombres.

¡El trabajo! ¡Cuánto lo necesita la pobre España, hoy que sólo se piensa en vivir á costa del prójimo!

Frase que no pronuncian los gandulones que viven á costa de los demás; palabra que predicán los hombres amantes del progreso, los hombres de bien.

Mas, para la regeneración verdadera, ¡cuántas y cuántas cosas habríamos de añadir y suprimir!...

A todo ello nos conducirá la instrucción si la empleamos en favor del socialismo.

A. MASERAS GALTÉS.

Barcelona.

Á NUESTROS COLEGAS

Vino LA REVISTA BLANCA á defender un ideal sin odios ni prejuicios. Combate en la sociedad todos los sistemas de explotación y todos los autoritarismos; pero respeta en los hombres todas las ideas y todos los procedimientos.

Tiene tal fe en la doctrina que sustenta, que espera se impondrá á las conciencias al sólo anuncio de sus bondades, y en esta convicción considera innecesaria y enemiga de la libertad aquella táctica que consiste en herir y mortificar al adversario. Propagar y siempre propagar el ideal propio; el ajeno caerá si es peor cuando se les coteje y compare. Aspira sólo á una cosa: á que la lean los que no piensan como ella, en justo premio á su tolerancia.

Por, esto al ver que alababan la labor de LA REVISTA BLANCA y anunciaban la aparición de cada número, periódicos de distinta escuela económica y política, comprendíamos que habíamos obtenido la consideración y el respeto á que aspirábamos y comprendimos también que, en general, la prensa española, aquella que defiende á un partido avanzado, es amiga de la libertad ajena, tanto como de la propia.

LA REVISTA BLANCA, que no puede corresponder á las muestras de aprecio que ha recibido de la prensa española con la amplitud que deseara, lo hace diciéndolo á «La Autonomía», de Reus; «El Socialista», de Madrid; «El Eco de la Fusión», de Tortosa; «El Demócrata», de Mataró; «La Lucha», de Vigo; «La Tomasa», de Barcelona; «La Conciencia Libre», de Valencia; «La Marsellesa», de Huelva; «La Unión», de Pontevedra; «El Autonomista», de Gerona; «La Unión Republicana Obrera», de Sevilla; «La Unión Republicana», de Palma de Mallorca; «La Voz de Mieres», de Mieres; «El Ideal», de Andújar; «La Tracción Ferroviaria», de Barcelona; «La Unión», del Ferrol; «Las Dominicales», de Madrid; «El Combate», de Santander; «El Noroeste», de Gijón; «El Obrero», de Murcia; «El Porvenir del Obrero», de Mahón; «El Empurdanés», de Figueras; «La Nueva Idea», de Ayamonte; «La Antorcha Valentina», de Valencia; «La Voz del Pueblo», de Santander; «El Eco Gironés», de Gerona; «La Manxiula», de Sabadell, y á «El Trabajo», de la misma localidad, un abrazo; gracias y adelante, queridos colegas. LA REVISTA BLANCA agradece lo que hacéis por ella; no defiende lo que vosotros defendéis, pero no por eso ha de negaros su amistad ni usar contra vosotros ni contra nadie otras armas que la exposición de un ideal dignamente sentido y secundado. En vosotros saluda á aquella prensa española que tolera y estudia todas las ideas.

LA REDACCIÓN.

